



Publicado por:

Nova Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2020, **Paula Velásquez Taba**

© 2020, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Sílvia Vallespín

Noelia Navarro

Portada

Julián R. Tusso

Cubierta

Vasco Lopes

Maquetación

María Alejandra Domínguez

Impresión

PodiPrint

Revisión

Nadín Velázquez

Daniela Gresely

Primera edición: Abril 2020

ISBN: 978-84-17589-59-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

PAULA VELÁSQUEZ
— Escalofriada —



Nova Casa Editorial



*A todos aquellos románticos en vía de extinción
que creen que allá afuera está esa persona
que hará relucir lo mejor de sí mismos.*



*«Nada sucede al azar, si miramos de adelante hacia atrás,
cada risa, cada encuentro y cada lugar, se ha sabido enlazar».*

—Aldo Tonelli



PRÓLOGO

Nunca me cansaré de agradecer por la excelente idea que tuvo mi amigo Matías Gonzalo García cuando me recomendó que le diera una oportunidad a esta novela. El día en que decidí comenzar a leer la maravillosa aventura de letras creada por Escalofriada quedará grabado en mi memoria para siempre. Fue una de las decisiones más afortunadas que he tomado en lo que a la lectura se refiere. Puedo decir con total confianza que Sincronía estará siempre en mi lista de historias favoritas de todos los tiempos.

Mi estimada Paula posee un encanto especial a la hora de plasmar sensaciones y pensamientos en forma de palabras. No solo se trata de su estilo narrativo, el cual es fresco y hermoso en sí mismo. Ella conoce la fórmula exacta para lograr que la visión del mundo a través de los ojos de los personajes se perciba como algo real. Las personalidades de Zack y de Layla, los protagonistas, son tan verosímiles que nos producen la sensación de que ellos existen y que podrían cruzarse con nosotros en cualquier instante. Los dos se ganan el afecto de los lectores a su manera en un dos por tres. A mí me encantaría darles el fuerte abrazo que ambos se merecen.

Hubo algunos momentos en los que me sentí profundamente conmovida, incluso me vi forzada a dejar de leer porque se me venían las lágrimas. Sin embargo, también hubo muchos momentos en los que dejé escapar unas buenas carcajadas, cual si fuese una niña pequeña en medio de un enorme parque de atracciones. Suspiré, reí, lloré, me sorprendí, me quedé sin aliento, me enfurecí... Pasé por casi todas las emociones posibles a medida que la trama avanzaba. Esto solo puede sucedernos cuando una historia en verdad nos toca el corazón y logramos conectarlos con ella. Ese fue mi caso.

Así como los mundos de los personajes poco a poco se fueron alineando hasta sincronizarse, mi amor por esta historia fue creciendo capítulo a capítulo hasta convertirse en genuina admiración por la pluma de Paula. Todo el que lee esta inspiradora historia no puede hacer otra cosa que estrecharla entre sus brazos con gran cariño. Un cálido pedacito del alma multicolor de esta joven escritora ahora habita en nuestro interior.

Claudette Bezarius



ESTO LO EXPLICARÉ EN UN MOMENTO



Esta es la historia de la noche en que la artista de comida sensible a las palabras y el escritor fantasma amante de los detalles entrelazaron sus vidas.

A pesar de que vivían en la misma ciudad, conocían las mismas personas y frecuentaban los mismos lugares, nunca habían tenido el placer de conocerse. Podríamos culpar de ello a las circunstancias, pero también a nuestros protagonistas, que se admiraban en secreto, pero mantenían la distancia por las razones equivocadas. Sin embargo, fueron sus propias acciones quienes los condujeron a encontrarse de la forma más inusual posible.

El día que Layla Bramson conoció a Zack Hawkins, pensó que él estaba muriendo.

Era una ventosa noche de agosto del 2008 en Vancouver. Nuestra heroína caminaba a toda prisa hacia su apartamento. Llevaba apretado contra su pecho un libro que había encontrado después de tres años y quería llegar rápido para leerlo o, para ser más precisos, releerlo, porque esa historia ya estaba escrita en su piel, como todas aquellas que nos marcan la vida. Si se apuraba, alcanzaría a leer los primeros capítulos antes de encontrarse con su hermano, al que le iba a compartir una decisión que tuvo el valor de tomar solo hasta sus veintiséis años.

Para llegar más rápido, cortó camino por el parque St. Evaneline. Estaba desolado; sus tacones eran lo único que se escuchaba alrededor. Apretó el paso y entonces divisó a lo lejos algo sacudiéndose en el pasto. Entrecerró los ojos para identificar de qué se trataba y dio un respingo al descubrir que era un hombre.

Se quitó los tacones de prisa y corrió en el pasto húmedo para socorrerlo. Parecía tener apenas unos años más que ella, los espasmos lo estremecían y su boca estaba llena de espuma blanca. Ahí estaba nuestro héroe caído, Zacharias Hawkins, dando una primera impresión de lujo.

—¡Mierda!

Soltó sus cosas en el suelo, se arrodilló y levantó su cabeza. Nunca había auxiliado a nadie que tuviera convulsiones, pero recordaba vagamente que debía impedir que se ahogara con su propia lengua.

—Todo va a estar bien, discúlpame por lo que estoy a punto de hacer, *okey?*

Abrió su boca y metió los dedos para sostener su lengua. No sé de dónde sacó esa grandiosa idea, porque si hubiera leído algún instructivo de primeros auxilios, sabría que cuando alguien está sufriendo un ataque epiléptico, no hay que introducirle nada a la boca. Menos sus dedos untados de helado. Pero, bueno, la intención es lo que cuenta.

Además, Zackie siempre se dejaba meter los dedos a la boca.

De hecho, por eso estaba ahí fingiendo su muerte. Bueno, la muerte de uno de sus personajes; no es que fuera su personaje, pero él lo estaba escribiendo, así que era como si fuera de él. Más adelante entenderán a qué me refiero. El punto es que él no se hubiera metido en el problema que lo tenía ahí tendido en el pasto si no confiara demasiado en las personas.

Ella apoyó la cabeza de Zack en su falda y usó la mano libre para buscar el celular dentro del bolsillo de su gabán.

Esperen, ¿ya mencioné por qué Layla no lo había reconocido a pesar de ser su admiradora? Es que ella nunca lo había visto en persona (o, bueno, sí una vez, pero ella ya no lo recordaba y no tenía forma de saber que el chico lindo de la banca era él). Como sea, eso lo explicaré en un momento.

—Voy a llamar a emergencias, resiste —dijo Layla. No sabía si la escuchaba, pero prefería mantenerlo informado de todo.

Él abrió los ojos alarmado e intentó hablar, pero, como sostenía su lengua, solo escuchó balbuceos.

—Fo fafes a fafie, efoi fief.

Sacó sus dedos de inmediato y los secó en su abrigo.

—¿Qué dices?

—Que no llames a nadie, estoy bien.

Él se incorporó de golpe.

—No te levantes tan rápido —le aconsejó Layla—. Podrías marearte.

Él escupió en el pasto y se limpió la boca con la manga de su chaqueta de cuero. Tosió un poco.

—Da igual, solo estaba actuando.

Quizás ustedes piensen que en ese momento en que la vio, debió haberla reconocido, porque él también era su admirador. Pues no, él tampoco la había visto nunca en persona (o, bueno, sí, dos veces, pero no tenía forma de saber que la loca de la bicicleta que bailaba bonito era ella). Eso también lo explicaré en un momento.

Esperen, ¿ya les mencioné que el preciado libro que ella llevaba consigo lo había escrito Zacharias? No, ¿verdad? Bueno, es que ella estaba encantada con él por cómo la hacía sentir gracias a su don.

¡No les he mencionado el don!

¿Saben qué? Esta es de ese tipo de historias que no se pueden contar por el derecho. Me siento como cuando alguien se sienta a mi lado a ver una película que empezó hace una hora y sé que no va a entender ni pío y empezará con las preguntas. No, vamos a pausar aquí y les diré todo lo que necesitan saber para entender lo maravilloso que fue ese momento y me saltaré lo demás.

Tengo una idea: para empezar, vamos a volver unos cuantos años, al momento en que Layla —sin saberlo— salvó el trasero de Zack por primera vez.

¿Listos? Empecemos.





ELLA PODÍA SENTIR LAS HISTORIAS

(Dos años y tres meses antes)

No hay momento más extraordinario para un artista que cuando ve su creación terminada y expuesta a la vista de todos. Un metro de la línea SkyTrain de Vancouver se detuvo frente a Layla; la portada de la revista culinaria Flavours estaba impresa en el costado. Una lágrima de orgullo amenazó con asomarse; ella había preparado la comida para esa fotografía.

El ruido metropolitano se silenció a su alrededor. Relamió sus labios. La mostaza Dijon, picante y cremosa, mezclada con la miel con regusto a malta, acentuada por condimentos italianos, sal y pimienta, hizo una fiesta en su boca. El olor del pollo horneado y las papas humeantes invadió su nariz. Sus dedos acariciaron la mixtura espesa de salsa de queso cheddar, leche, mantequilla, sal y mostaza seca.

Intentó tomar una foto con su celular para mostrársela a Elijah, pero el metro reinició la marcha y le quedó borrosa. No le dio importancia, nada podría arruinarle esa dicha. Había visto su trabajo impreso en revistas, en menús, en las paredes de restaurantes, incluso en vallas de paradas de autobuses, pero nunca en el metro. Ahora la fotografía recorrería Vancouver, despertando apetitos. El deleite estremeció su estómago. Eso debía celebrarlo con una banda sonora épica.

Abrió su bolso para buscar sus audífonos. ¿A quién escuchar? ¿Hans Zimmer? Algo glorioso para celebrar el triunfo. No los encontró en el bolsillo en el que siempre estaban. Ese momento ameritaba, mejor, algo de John Williams.

Él siempre convertía todo suceso cotidiano en algo extraordinario. Un escalofrío cruzó por su espalda. Los audífonos no estaban en ninguna parte del bolso ni de los bolsillos de su ropa.

La angustia trepó por su garganta. Para cualquier otra persona, este incidente no hubiera sido más que un molesto contratiempo, pero para Layla Bramson, suponía todo un desafío.

Llamó a su hermano mayor; era lo que siempre hacía cuando estaba en alguna emergencia. Su teléfono se fue a buzón de mensajes después de timbrar seis veces. Marcó de nuevo, él contestó después del primer timbre, arrastrando las palabras.

—¿Hola? ¿Layla?

—¡Elijah! ¡Qué bueno que contestaste!

Se demoró unos segundos en responder, bostezaba.

—¿Qué haces llamándome desde tu habitación? ¿Por qué no vienes hasta acá? —dijo, su voz adormilada.

Él tenía el sueño tan profundo que ni se había percatado de que ella había salido.

—No estoy en el apartamento, estoy en la estación King Edward.

—¿Qué? —dijo, e hizo una pausa—. Son las cinco y media de la mañana. Los domingos son para descansar.

—Voy a ir a comprar unas provisiones para la sesión de fotos de mañana a Grandville Island.¹

Él gruñó.

—Para eso tenemos un chico que hace las compras, ¿recuerdas? Se llama Craig, tiene frenillos, siempre usa botas... Él trae la comida, tú haces la magia...

—Lo sé, lo sé... Pero estuve hablando con él y dijo que nunca había comprado ruibarbos² antes, es mejor que vaya yo misma a escogerlos.

—Él lo hará bien. Ya hemos hablado de esto, tienes que confiar en el trabajo de los demás. Ven a dormir, ¿*okey*? Voy a colgar.

1 Península y distrito comercial de Vancouver, Canadá. Es reconocida por su mercado público.

2 Planta de tallo rojo y verde, muy similar al apio, que es usada en repostería por su peculiar sabor ácido.

—Vi algo grandioso —dijo rápido—, ¿quieres saber qué es?
—¿Unos deliciosas donas con glaseado de jarabe de arce?
—No. Pero podría prepararte unas si vienes con tu cámara y mis audífonos a la estación.

—Estás loca —dijo y colgó.

Inclinó la cabeza hacia atrás y soltó un quejido. ¿Pero qué estaba pensando? Sacarlo de la cama después de un concierto era casi tan imposible como convencerlo de ordenar su habitación. Se ubicó en la fila para abordar el metro y se cruzó de brazos. Perdería mucho tiempo si iba y volvía, alguien más se llevaría los mejores ruibarbos. Iba a ir al mercado sin audífonos, ¿qué tan malo podría ser?

Un par de amigos se hicieron detrás de ella en la fila. Les echó una ojeada rápida. Iban vestidos con pantalones cortos y cargaban maletas gigantes en la espalda. Uno era de baja estatura, cubierto de tatuajes y tenía cabello rizado; el otro era alto, fornido y tenía la cabeza rapada. Parecían senderistas, quizás iban a recorrer alguna de las montañas que rodeaban la ciudad.

—Irlanda es increíble —dijo uno de ellos—. Sigo impresionado con la Calzada del Gigante³. Es fantástica. Estaba ahí y pensaba «¿qué tal que en cualquier momento aparezcan los gigantes a lanzarse rocas?».

—Los gigantes son lentos, seguro alcanzas a correr antes de que te caiga una roca.

—Viejo, lo más probable es que me hubiera quedado atontado viéndolos y tomándoles fotos.

No era tan malo, estaban hablando de viajes. Le encantaba escuchar esas historias.

—¿Como te quedaste atontado mientras te hundías en las arenas movedizas?

—¿Qué más querías que hiciera? —respondió su amigo riendo—. No tenía a dónde ir.

3 Ubicada en la costa del condado de Antrim, Irlanda del Norte. Consta de 40.000 pilares hexagonales de basalto de origen volcánico. La leyenda dice que dos gigantes la formaron al lanzarse rocas entre sí.

—Pudiste haber retrocedido.

—¿Alguna vez has estado en arenas movedizas? No es como que puedas decirles «Hey, ¿saben qué? Recordé que tengo que ir a otra parte, nos vemos al rato». Cuando las pisas, tus pies se hunden porque no pueden soportar tu peso, el agua se separa de la arena y se forma un vacío alrededor de tus piernas que las hace sumergirse. Me tomó apenas siete minutos estar hundido hasta la cintura. La arena era espesa, no había forma de moverme. Me sentía atrapado en cemento, para salir necesitas la misma fuerza que para levantar más de una tonelada.

«Oh, no».

Por esa clase de cosas le gustaba usar audífonos en lugares públicos.

El asfalto se deshizo bajo sus pies. Levantó los brazos asustada, clavó la vista en el suelo; seguía intacto. Aun así, sus pies se hundían, sin apoyo alguno. Intentó levantar una pierna, pero una presión intangible le impidió moverla más de unos milímetros. Trató de usar sus manos para hacerlo, sin embargo, cuando la bajaba más allá de su cintura, se enterraba en la arena húmeda invisible. Ella metió y sacó las puntas de los dedos de aquella arena varias veces. Los miraba para cerciorarse de si se habían impregnado, pero no había ni un grano sobre ellos. Estaba anonadada, no dejaba de sorprenderla su capacidad de sentir cosas que no podía ver.

El problema era que nunca se había hundido en arenas movedizas antes; no había forma de que pudiera caminar a menos que alguien describiera cómo se sentía salir.

—Hey, ¿vas a entrar? —dijo una voz detrás.

El metro había llegado y estaba interrumpiendo el curso de la fila. Intentó mover las piernas sin efecto.

Demonios.

Giró la cabeza para ver quién le hablaba; era el de la calva. Les dio una sonrisa forzada a los dos amigos y los invitó a pasar con el brazo.

—No, adelante.

La rodearon para entrar al metro. Odiaba admitir que había estado escuchando una conversación de extraños, pero una situación como esa ameritaba que reuniera fuerzas y lo hiciera.

—¿Y cómo se sale de unas arenas movedizas?! —gritó.

El hombre de pelo rizado se volteó y sonrió.

—Primero debes echarte hacia atrás y arriba, recostarte sobre tu espalda y gritar por ayuda. Después debes...

Las puertas del metro se cerraron y no terminó la oración.

«Ay, no».

La única persona que podía ayudarla se había ido.

Se recostó lentamente hacia atrás con los brazos extendidos, segura de que no perdería el equilibrio porque sus piernas estaban adheridas al suelo. Un coro de risas la interrumpió. Un grupo de chicos estaba viéndola hacer su maroma. Qué vergüenza. Seguro pensaban que estaba imitando a Neo en Matrix o practicando para jugar al limbo en el cumpleaños de alguna prima.

Se sostuvo con el cuerpo doblado unos segundos, pero no se sintió liberada de ninguna forma. Enderezó la espalda de nuevo, frustrada. Necesitaba la ayuda de alguien. Un anciano pasó a su lado.

—Disculpe, buenos días —dijo para llamar su atención—, ¿puedo hacerle una pregunta?

El hombre se detuvo y asintió. Le dio una cálida sonrisa.

—Claro, señorita.

—¿Cómo cree que se sienta ser liberado de arenas movedizas? Solo... Imagínelo y descríballo, por favor.

Echó la cabeza hacia atrás, claramente sorprendido por la pregunta. Levantó su gorra y peinó el cabello con su mano, la vista fija en el suelo. Meditó durante unos segundos y respondió:

—Para ser honesto, no se me ocurre nada, lo siento.

Después de preguntar a tres personas y no obtener una respuesta satisfactoria, llamó a Elijah de nuevo. Es decir, ¿quién tenía más imaginación para las situaciones dramáticas que él?

—¿Qué pasa? —contestó somnoliento al tercer timbre.

Le pidió que mirara si había dejado sus audífonos en la habitación. Él aceptó a regañadientes, al medio minuto le dijo que estaban sobre su cama.

—Gracias. Hazme un favor, déjalos encima de la mesa del comedor junto con tu cámara y ya voy por ellos.

—¿Para qué quieres mi cámara?

—La portada de Flavours está en el metro. Nuestra foto está en el metro. La del pollo horneado con mostaza y miel. Intenté tomarle una foto con mi celular, pero salió borrosa.

—¡Qué! ¿Nuestra foto está en el maldito metro? —exclamó Elijah—. ¡Debiste empezar por ahí! ¡Eso es increíble! Tengo que ir ya mismo a fotografiarla. Espérame quince minutos.

—*Okey*. Pero antes de eso, ¿cómo te sentirías si te liberaran de arenas movedizas?

—¿Qué?

—Solo responde, después te explico.

—¿Aliviado?

—Físicamente. ¿Cómo te sentirías físicamente? —insistió ella—. Imagina ese momento y descríbelo, por favor.

—Eso pasa cuando no duermes. ¿Ves? Empiezas a hacer preguntas extrañas.

—Por favor.

—Um, déjame pensar... En ninguna película que haya visto se liberan, ¿sabes? Mueren ahí.

—¡Elijah!

La arena invisible ya había cubierto su abdomen y amenazaba con alcanzar su pecho. Solo podía mover los brazos y la cabeza. De nada le servía saber que nada de eso era real si al intentar moverse, su cuerpo no le obedecía. ¿Qué pasaría si la arena llegaba a su cabeza? Si abría la boca, ¿la saborearía? ¿Se sentiría asfixiada? No tenía respuestas a eso y no quería averiguarlo tampoco. Inhaló profundo para calmarse.

—*Okey, okey*. Supongo que me sentiría como cuando me quité ese pantalón de cuero apretado que me prestó Roxy.

—¿Qué? ¿Por qué tenías un pantalón de Roxy?

—Ella me retó —explicó su hermano—. En fin, esa cosa me estaba matando.

—Concéntrate, por favor. Imagina que estás atrapado en arenas movedizas, estás asustado y tus piernas se están entumeciendo. ¿Qué sentirías si alguien viniera y te sacara? ¿Qué harías?

—Am, supongo que sentiría que mis piernas se liberaron de un gran peso que las aprisionaba, como si pudieran respirar. Las frotaría y movería para ver que están bien. Creo que me reíría del gran susto que acabo de pasar y les contaría a todos mi gran hazaña.

Sus rodillas se doblaron y la presión invisible desapareció. Ella se agachó en cuclillas y suspiró.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por darme un nuevo ítem para mi lista de sensaciones agradables —improvisó Layla—. Se me ocurrió que esa podría ser una.

—Eso lo explica.

La gente decía que sostener una mentira por años requería más esfuerzo que decir la verdad, pero había comprobado que no era cierto, no en su caso. La verdad era tan extravagante e inexplicable que las mentiras sonaban más reales.

Le dijo a Elijah dónde podría encontrarla y fue a buscar agua a la máquina. Solo tenía que mantenerse alejada de todas las conversaciones mientras llegaba su hermano. No quería tener más sensaciones desagradables, había sido suficiente. De camino, pasó junto a una joven sentada en el pasillo, tocando la guitarra. Su voz era aterciopelada y ella cayó en su hechizo. Reconoció el estilo español del instrumento: la canción era *Have You Ever Loved a Woman?*, de Bryan Adams.

—*She needs somebody to tell her that it's gonna last forever, so tell me have you ever really, really, really ever loved a woman?* —cantaba la chica.

Cuando terminó de llenar su botella, se detuvo frente a ella. Sabía cómo se sentiría la siguiente estrofa, era placentero y aterrador a la vez. Cerró los ojos y se dejó llevar.

—*To really love a woman let her hold you 'til ya know how she needs to be touched. You've gotta breathe her, really taste her 'til you can feel her in your blood*⁴.

Unos brazos rodearon su cintura, una respiración ligera recorrió su nuca y una lengua se deslizó por ese tramo de piel. Sus hombros se sacudieron por el estremecimiento. Inhaló profundo y una colonia irrumpió en su nariz. Era la de Dawson Hardy, el jefe de redacción de la revista *Flavours* y su cliente.

Abrió los ojos de golpe y sacudió su mano frente a su nariz para espantar aquel olor. No había nadie, solo ella y la cantante, quien la miraba intrigada. Dejó un dólar en el forro abierto de la guitarra, después buscó una silla en la que sentarse y calmar su ritmo cardíaco. Había una banca que estaba dándole la espalda a otra igual, ambas mirando hacia una plataforma diferente. Se sentó en la que daba vista a la plataforma a la que llegaría Elijah. Se dedicó a observar los metros pasar, esperando que volviera el suyo.

Miró la hora, aún era muy temprano para llamar a su papá para agradecerle. Él fue quien los había recomendado para el trabajo. El estilista de comida de la revista *Flavours* había sido hospitalizado después de un accidente mientras escalaba, Dawson necesitaba alguien que terminara de tomar las fotos para la edición de mayo y los contrató.

Hacer esas fotos no fue tarea fácil; él era la personificación del perfeccionismo. Elijah y ella tuvieron que recrear decenas de composiciones, preparar una y otra vez la comida, cambiar las

4 «Para amar realmente a una mujer, deja que te abrace. Hasta que sepas cómo ella necesita ser acariciada. Tienes que respirarla, realmente saborearla. Hasta que puedas sentirla en tu sangre».

luces, probar distintos ángulos y variar la utilería hasta lograr el resultado que querían. Durante esa semana que trabajaron para la revista, ingirieron el café de todo el mes. Sin embargo, ese tra-jín era lo que amaba. Probar, equivocarse, aprender, empezar de cero, cambiar de dirección. Él éxito sabía a ambrosía cuando tenía que trabajar duro para conseguirlo.

El dilema era que ahora que el contrato entre ellos había terminado, no tenía razones de peso para no aceptar sus invitaciones a salir.

Una pareja se sentó en la silla del respaldo. No podía verlos, pero por sus voces parecían ser un hombre joven y una mujer mayor. Tomó sus cosas para levantarse, no quería escuchar más historias.

—Eso no es lo que me afecta —dijo la voz masculina—. Mi problema es que no puedo evitar sentir cosas que no me pertenecen.

Se quedó congelada en su lugar. Las palabras calaron hondo en su ser; ese era exactamente su problema.

—Mis personajes están tan llenos de odio que cuando escribo sobre ellos la rabia me enceguece, endurece mis puños, el rencor hace hervir mi sangre, todo... Todo ese dolor se clava en mi pecho como navajas. —Hizo una pausa—. Se siente real para mí. En esos breves momentos, todo se siente real, no puedo controlarlo. A veces escribir es conjurar una lágrima.

Por unos instantes, deseó golpear una pared gritando furiosa, hasta romper en llanto. Fue una sensación momentánea, pero tan nítida que la asustó. No quiso escuchar más, se puso de pie y emprendió la marcha hacia el baño. Palpó su pecho y se miró las manos para recordarse que nada de eso era real, que esos sentimientos no eran suyos.

La última vez que había podido evocar sentimientos había sido...

Alguien tocó su hombro.

—La próxima vez no seré tan gentil de traer tus audífonos hasta aquí. Casi se congela mi trasero en el camino, ¿sabes?

Miró a su hermano de pies a cabeza. Se había vestido como si fuera a esquiar. Sostenía la cámara en el cuello y el trípode, guardado en el forro, colgaba en su hombro. Sus ojos verdes rodeados por unas buenas ojeras.

—Eres un dramático.

Frunció el ceño y secó la lágrima que había derramado hacía unos momentos con el dedo.

—¿Estabas llorando?

—Sí, extrañaba mucho mis audífonos.

Él sonrió y pasó el brazo por sus hombros, ella abrazó su cintura.

—¿Qué se siente saber que tu foto está en el metro? —le preguntó a su hermano.

Se encogió de hombros.

—No lo sé... Es como orgullo y felicidad mezcladas, pero... Es algo más... Definitivamente no es algo que se pueda describir con palabras, ¿sabes? Esas cosas solo puedes sentirlas.

Ella asintió.

Si le frustraba algo acerca de su don, no era que pudiera sentir las palabras, sino que no pudiera elegir *qué* sentir. Podía evocar las sensaciones adversas de cualquier extraño, pero no los sentimientos sublimes de las personas que amaba si ellos no los ponían en palabras. A veces, en las noches de insomnio, se imaginaba que se sentiría tener el poder total sobre su don, ser capaz de finalizar las evocaciones cuando quisiera. Miró sus audífonos blancos. Como no podía ponerle filtros a su don, ella le ponía filtros a la vida misma.

En su camino de vuelta a la plataforma, pasaron por la banca donde había estado sentada. Estaba vacía, a excepción de unas gafas que quedaron abandonadas. Se separó de su hermano y caminó hasta la silla para recogerlas. Tenían el marco negro

y las patas mordisqueadas. Intentó ver a través de ellas, pero el aumento hirió sus ojos. ¿De quién eran? ¿Serían del hombre que estaba hablando cuando se sentó allí? Las giró entre sus dedos. Lo mejor sería que las cubriera con algo, por si el dueño volvía por ellas. Él le recordó a la única persona que le había transmitido sus sentimientos de una forma tan poderosa pero que no había conocido jamás.

Zack Hawkins.



ÉL QUERÍA SABER QUÉ SENTÍAN SUS PERSONAJES



(Dos años y tres meses antes)

—Kárpáthy, soy el padre Kárpáthy de la iglesia St. Michael.

—Nunca había escuchado de esa iglesia —le contestó el joven acólito. Tenía una voz aguda, las mejillas cubiertas de acné y el cabello castaño rojizo adherido a su cabeza con varias capas de gel. No debía sobrepasar los veinte años.

—Es porque está en Budapest, hijo. Pensé que por su nombre en inglés la reconocerías, pero tal vez su nombre en húngaro se te haga familiar: Belvarosi Szent Mihaly Templom.

El joven apenas parpadeó.

—No he tenido la fortuna de visitar Budapest, padre.

—Es una lástima. Deberías visitarme cuando tengas ocasión, hay un altar barroco precioso y ofrecemos unos increíbles conciertos de música clásica. La entrada no es gratis, por supuesto, pero podría conseguirte boletos.

Se dirigió hacia el altar, pero el acólito se interpuso en su camino.

—Padre, eso suena maravilloso... —Se aclaró la garganta, la voz trémula—. Perdón, no quiero importunarlo, pero, como notaré, estamos por oficiar una boda y estamos un poco atareados con los preparativos, así que usted no puede... Am... El padre Ross no nos avisó de su llegada y...

—Sé lo que estás pensando y, créeme, estoy tan conmocionado como tú. Vine a visitar al padre Ross para sorprenderlo y el sorprendido he sido yo cuando vi que había llegado a las vísperas de una boda. No imaginas cuál fue mi asombro cuando él me

pidió en persona que dijera algunas palabras para elevar el espíritu de nuestros invitados.

El acólito se veía perplejo.

—¿Él dijo eso? Será mejor que vaya a consultarlo con él, todavía hay cosas que preparar y...

—Él está ocupado revisando los votos y me pidió que cerrara la puerta al salir. No considero sabio de tu parte interrumpirlo, los votos son una parte crucial en una boda. ¡Ni tiempo tuvimos de hablar! No sabes cuánta alegría le dio verme. Anoche estuvo rezando sin cesar a nuestra Reina del Santísimo Rosario y tuvo un sueño en el que un turul se posaba sobre el altar de esta iglesia. Cuando me vio supo qué significaba: era el deseo de la Madre de la Divina Gracia que yo compartiera un mensaje con esta comunidad. ¿Quiénes somos nosotros, humildes pastores, para contrariar sus designios y rechazar su beneplácito?

El chico balbuceó un poco antes de poder responder.

—¿Qué... qué es un turul?

—El animal nacional de Hungría, por supuesto. Ahora —puso la mano en su hombro—, puedes seguir preparando el altar para el matrimonio mientras yo doy unas cuantas palabras. No me tomará mucho tiempo. El padre Ross me dijo que en cinco minutos estaría aquí.

Pasó saliva y asintió, una gota de sudor bajaba por su frente. Antes de que el chico pudiera decir que el padre no tenía que revisar los votos, bajó del altar y se arrodilló frente a una estatua de la Virgen, luego, ante una de Cristo en la cruz y, finalmente, se dirigió al atril y le dio un beso. Se puso el micrófono de diadema.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo —dijo persignándose, con su voz gruesa y calmada.

Más de doscientos pares de ojos se fijaron en él. Tomados por sorpresa con su presencia, solo una cuarta parte de los invitados replicó:

—Amén.

Se pusieron de pie uno tras otro, la madera de los asientos formó un rumor que se escuchaba por todo el lugar. Inhaló profundo para tranquilizarse. Había una cúpula sobre su cabeza decorada con las imágenes de los doce apóstoles. Las paredes azul pálido estaban habitadas por decenas de frescos de historias bíblicas. El Arcángel Rafael y Tobías, Daniel en el foso de leones y la túnica de José fueron algunas de las que pudo reconocer. El piso estaba cubierto por un tapete rojo vino. En general, la iglesia era ostentosa y debía tener siglos.

Solo había un término que describía su presencia allí: profanación.

Extendió sus brazos para saludarlos.

—La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios Padre y la comunión con el Espíritu Santo esté con todos ustedes.

Al unísono respondieron:

—Y con tu espíritu.

—Hermanos, les ofrezco un cálido saludo y les doy la bienvenida a la casa del Señor. El padre Ross muy amablemente me ha invitado a que les ofrezca unas palabras. Él ha sido detenido por asuntos urgentes y no ha podido presentarme por sí mismo. Mi nombre es Gabór Kárpáthy y soy el sacerdote de la Iglesia St. Michael en Budapest.

Pequeños murmullos recorrieron todo el recinto.

—Mis hermanos y hermanas en Cristo, vamos a abrir nuestros corazones al Señor para que Él pueda hablar y nosotros, escucharlo a través de su palabra. Pueden sentarse.

Con las manos temblando ligeramente abrió la Biblia; un bloque de letras cubría las páginas, ninguna palabra definida con claridad. Entrecerró los ojos para enfocar su vista, pero lo máximo que lograba era distinguir los títulos de los libros y los capítulos. Se tanteó los bolsillos debajo de la túnica.

Santa mierda, ¿dónde diablos estaban sus gafas?!

Estrujó su cerebro intentando recordar algunos pasajes de la Biblia, nada vino. ¿Cómo era posible si la había leído cientos de veces? Tal vez si no llevara treinta y seis horas despierto habría más posibilidades que su cerebro colaborara.

Miró al acólito con una sonrisa, mientras pasaba páginas sin sentido. Podría decirle que leyera por él, pero tenía que hacerlo por sí mismo. De eso se trataba *todo*.

—Como nos dicen las escrituras en el Sal... Salmo treinta y... cinco, versículo... doce.

No podía titubear. El padre Kárpáthy jamás haría eso.

Tragó saliva y recitó lo primero que se le vino a la mente.

—Dios les ayude, viven con fe. Clemencia te piden, amor quieren ver. Mira mi pueblo, confían en ti, los marginados ruegan vivir.

Eran unas líneas de la película de Disney del jorobado de Notre Dame.

Su público se veía confuso; murmullos viajaban por todo el lugar. Pasó otras páginas y apuntó un pasaje al azar con el dedo.

—También nos dice Proverbios... 15:14... Duerme, bebé, duerme, ahora que la noche ha terminado y el sol entra como un dios a nuestra habitación; perfecta luz y promesas.

Los murmullos se intensificaron. En ese momento deseó tener miopía y no hipermetropía, porque podía ver con claridad los rostros de los invitados, parecía que habían visto el traje nuevo del emperador. Se miraban unos a los otros. Mordió su labio para contener una risa. El novio de la boda se puso de pie y se dirigió al acólito unos segundos; luego se retiró de la iglesia, el celular en mano.

«Oh, oh, problemas. ¿Será que está llamando a la policía?».

Cerró la biblia de un manotazo.

—La Biblia. —La levantó a la vista de todos—. Además de ser una herramienta de adoctrinamiento masiva, esta maravilla es una extraordinaria obra literaria. Ha sido la inspiración

de millones de escritores a través de los siglos. El matrimonio es un tópico relevante en el Antiguo Testamento y la palabra de Dios nos habla de multitud de relaciones. Tenemos ahí poliamor, incesto, triángulos amorosos, celos, infidelidades, todo lo que puedan imaginar.

Mientras hablaba, caminaba a través de la tarima, todos lo escuchaban en silencio, atentos. No recordaba la última vez que había hablado en público, ¿había sido en la universidad? Era curioso cómo en una clase tenía que ganarse la atención de la audiencia y en la Iglesia la atención se daba por sentado. Se sintió embriagado por ese silencio, por las miradas. Podría decir cualquier cosa y ellos escucharían...

No debía salirse de personaje.

—Debido a que estamos a punto de officiar un matrimonio, se me vienen a la mente muchas historias. Promesas de Dios que fueron cumplidas a las parejas que en Él esperan. Pero algo que me impresiona en especial es la forma en que se elegía pareja. A veces solo hacía falta ver a esa mujer. Amor instantáneo o atracción fatal, como lo quieran llamar. Y solo pedías que te la trajeran, como si se tratara de mercancía.

Voces de sorpresa y miradas de indignación. Cerró los ojos.

El padre Kárpáthy jamás diría algo así, tenía que omitir sus comentarios personales.

—Algo que destaco de la Biblia es cómo ilustran la importancia de encontrar una buena mujer. Hablemos de Dalila. Todos recordamos la historia de Dalila y Sansón, ¿no? Sansón era un fortachón descerebrado. Sus papás le dijeron que no se metiera con filisteas, pero él los ignoró. Ya tenía un historial de mala suerte con las filisteas, pero llegó esta... —Se contuvo de soltar el término que mejor la describía—. Dalila y se enamoró de ella. Los príncipes de los filisteos la sobornaron con mucho dinero para que descubriera cuál era el secreto de la fuerza de Sansón y ella lo sedujo para sonsacarle la información. Él le mintió tres

veces diciéndole la forma en que podían destruirlo y ella les dijo a los filisteos tres veces cómo hacerlo.

»Se libró en todas las ocasiones, claro, porque no le había confiado su secreto. Ella es tan descarada que le dice: «Y si me amas, ¿por qué no me cuentas tu secreto?». ¿Lo pueden creer? Así se la pasó insistiendo por días, haciéndose la muy afligida. —Se llevó la mano al pecho e imitó una voz femenina—. «Ay, Sansón, ¿acaso no me amas?». Hasta que él no soportó más y le descubrió su corazón. Le contó que su fuerza residía en su pacto con Jehová y que perdería su fuerza si lo rapaban. Ella hizo que se durmiera en sus piernas y los filisteos vinieron a quitarle su cabello. Él terminó sin ojos. Dalila es un claro ejemplo de... de... ¡una manipuladora sin escrúpulos!

El acólito se acercó a su lado y le susurró:

—Creo que ya es suficiente, padre. Se está exaltando.

Él lo ignoró, caminó de vuelta al atril y dejó la Biblia allí.

—¿Saben quién es una gran mujer? Scheherezade, la protagonista de *Las mil y una noches*. Después de ser traicionado por su esposa, el rey Schariar desposaba una mujer cada noche y en la mañana ordenaba que la mataran. La hija del visir, Scheherezade, decide sacrificarse y se ofrece como la esposa del rey. En la primera noche le cuenta una historia que deja sin concluir al amanecer y le promete que la terminará a la noche siguiente. Así, a través de historias, durante mil y una noches logra sanar el duro corazón del rey, le enseña valores como la compasión y la rectitud y le devuelve las ganas de vivir. ¡Esa si es una buena mujer, no como esa jodida Dalila! Todos ustedes deberían leer ese libro, es mi favorito. Es grand...

Una mano se aferró con firmeza a su hombro y lo arrastró hacia atrás.

—¿Qué crees que estás haciendo? —masculló.

Era el padre Ross quien le hablaba. Su rostro estaba enrojecido, los ojos negros lanzaban llamas. Pasó saliva. Miró al público,

varias personas de las primeras filas se habían puesto de pie y estaban subiendo a la tarima.

—Eso es todo lo que quería compartiros, hermanos. Gracias.

Se quitó el micrófono y lo dejó sobre el atril. Entonces trajo el padre a su pecho y le dio un fuerte abrazo. El hombre le llegaba al abdomen, tenía entradas en el cabello y no le ponía menos de sesenta años.

—Padre Ross, gracias por todo, te espero en Budapest cuando tengas ocasión —dijo en voz alta, para que lo escucharan.

—¿De qué estás hablando? ¿Quién eres? —farfulló.

—¡Lo sé! ¡A mí también me gustaría quedarme más tiempo! —vociferó, luego bajó la voz para que solo él lo escuchara—. Les dije que tú me invitaste así que es mejor que me sigas la corriente con esto.

Una mujer alta con un sombrero azul de ala ancha y un vestido que mercaba su cintura lo reprochó.

—Padre Ross, ¿qué significa esto?! —Los miró a ambos, su boca estaba cubierta de labial rojo carmesí—. ¿Cómo pudo interrumpir al padre Kárpáthy de esta manera? Eso fue muy grosero de su parte.

—Él ni siquiera... —dijo en respuesta, pero ella lo interrumpió.

—Mi hija va a llegar en cualquier momento, tengo mi ansiedad hasta la coronilla y el amable padre nos estaba entreteniéndome con su charla... educativa.

Debía estar bromeando.

—¿Pero de qué estás hablando, Deborah?! —intervino otra mujer, pequeña y redonda, que usaba un traje rosado—. Este joven no ha hecho más que burlarse de las Escrituras.

—Pues la verdad, yo no me había divertido en una misa hace mucho tiempo, Judith —dijo un hombre mayor de cabello rizado, riéndose. Tenía un corbatín rosa en su traje.

Judith lo miró con desaprobación.

—¡Jerry! No la apoyes.

—Eres tan retrógrada, querida —dijo Deborah haciendo un gesto con su mano enguantada—. Debemos abrirles la puerta a las nuevas generaciones.

Posó la mano en su brazo. Él la miró y sonrió de medio lado.

Un joven de barba que había estado al margen se aclaró la garganta.

—Eso que dijiste era una estrofa de *New Sensation* de INXS, ¿cierto?

Soltó una carcajada.

—¿La conoces?

—¡Claro! ¡Amo a INXS! —declaró.

—¡Yo también!

—¡Ya basta! —vociferó un hombre con un corte militar, que posó su mano en la cintura de Deborah. Debía ser el papá de la novia—. ¡Esto es inaudito, padre Ross! Explíquenos que significó todo esto.

—Yo ni siquiera conozco a este hombre —replicó el padre.

—¿Entonces deja que cualquier persona se suba al atril de su iglesia? ¡Eso es muy grave! —chilló Judith.

—Ustedes están exagerando, nadie resultó herido —intervino el muchacho de barba.

—¡Yo no lo dejé subir! —respondió el padre Ross.

—¿Entonces quién? —dijo el que tenía pinta de militar.

Todos se giraron para mirar al acólito que temblaba como hoja en el viento; levantó las manos en defensa.

—Él me dijo que usted le había pedido que hablara! Me contó de su sueño con el turul y el altar.

—¿Qué diablos es un turul? —replicó el padre Ross.

—¡Padre! ¡No hable así! —dijo Judith.

Unos pasos corriendo llamaron la atención del grupo. Era el novio. Se detuvo a la mitad de la iglesia y gritó:

—¡Llegó la novia! ¡Señor Allen!

El papá de la novia corrió por todo el pasillo del centro hacia la salida. Todos se pusieron de pie, los padrinos acomodándose

en sus lugares. El padre Ross y el acólito corrieron al atril a preparar lo que faltaba.

—¡Valerie! ¡El piano! —dijo el padre. Una mujer de mediana edad vestida de rojo corrió a sentarse en el piano. Los miembros de la orquesta corrieron a tomar sus instrumentos.

El novio trotó hasta la primera fila y, al llegar frente a él, le ofreció la mano.

—Siento haberme perdido su discurso, padre Kárpáthy, tenía una llamada urgente que atender.

Puso la mano sobre el hombro del novio.

—No te preocupes, hijo. Discúlpame a mí porque no podré presenciar tu boda. Tengo una cita ineludible. Te deseo las mejores fortunas para tu boda; cuídala y hónrala como lo establece la palabra de Dios.

—¡Gracias por su presencia! Antes de irse, no olvide tomar un *cinnamon roll*¹ —señaló a una mesa que antes le había pasado desapercibida al extremo de la tarima—. ¿Le gustan los postres?

Sus ojos brillaron, relamió sus labios.

—Los amo.

El novio asintió y se despidieron. Fue hacia la mesa, tomó un *cinnamon* y se dio vuelta para dirigirse a la salida; todos estaban muy ocupados como para detenerlo. Al salir, pasó junto a la novia que hablaba con su padre.

La reconoció.

Audrey Lacombe —piel morena, rizos sedosos y un conocimiento excelso en mitología europea— era amiga suya en la universidad, pero había cortado contacto con ella, como con el resto de sus amigos, hacía dos años. Cuando lo miró, él agachó su rostro, acelerando el paso.

—¿Zack? —dijo Audrey—. ¿Zack Hawkins eres tú?

Siguió caminando sin mirar atrás.

—¡Zack! —insistió.

1 En español «rollo de canela».

No se dio por aludido, después de todo, era Gabór Kárpáthy en ese momento. Además, no estaba listo para esa conversación, la típica charla de amigos que no se ven hace tiempo. Imaginó todas las posibles preguntas que podría hacerle y cada posible respuesta era peor que la anterior.

«—¿Te ordenaste en la iglesia? ¿No eras ateo?

»—En realidad, estoy fingiendo ser uno de los personajes de la novela que estoy escribiendo».

«—¿Cómo le fue a la novela que publicaste?

»—Fue un fracaso tan apoteósico que solo se compara a la caída de Lucifer del cielo».

«¿Cómo vas con Janine?

»—Las cosas no funcionaron (una hermosa forma de adornar lo que en realidad pasó)».

«¿Qué has estado haciendo estos dos años?

»—He estado escribiendo novelas por dinero sin que me den el crédito».

No, no iba a pasar.

No tenía tiempo para charlas triviales, tenía una novela que terminar y tres días para hacerlo. Su pequeña obra de teatro en la iglesia era suficiente para acabar con el bloqueo que lo había atormentado los últimos días. No es como si se hubiera quedado de brazos cruzados sin escribir nada, de hecho, ya había escrito esos capítulos desde el punto de vista del padre Kárpáthy. Solo que le resultaban tan artificiales e inverosímiles que los odiaba.

Cada vez que no lograba escribir algo que lo satisficiera, se hacía pasar por sus personajes para saber qué sentían.

Ahora solo le quedaba ir a casa, sentarse a escribir, entregarle el manuscrito a Nina y...

—Mis gafas. No puedo escribir nada sin ellas.

La estación King Edward era su única esperanza, era el último lugar en el que las había visto, así que se encaminó hacia allá.

Se sentía contrariado. Por un lado, era afortunado. Ni en el más loco de sus sueños imaginó que una de sus novelistas policíacas favoritas lo llamaría a decirle que necesitaba que alguien terminara su nuevo libro. Llevaba meses bloqueada. Se había esmerado tanto en construir una amistad entre los personajes para desviar las sospechas del lector, que ya no era capaz de conducir la historia hacia la inminente revelación y muerte del culpable.

Por eso lo había contratado a él.

Se sentía como un asesino a sueldo. Era un experto en matar personajes ajenos. Nina lo había contratado para que orquestara los eventos que conducirían a la muerte de Jude. Pero nadie podía saberlo, se llevaría todo el crédito y la fama; su reputación seguiría intacta. Él ganaría una buena cantidad de dinero. Ese era el trato.

Por el otro, ella dijo que cambiaría el final. «Mi editor piensa que así llegaré a más público», fueron sus palabras. Él le dio sus mejores argumentos de por qué eso atentaba contra la historia, pero ella le recordó que no tenía ningún poder de decisión sobre su novela. Después de todo, solo era un escritor fantasma.

Si algo le frustraba de su trabajo, no era escribir historias sin recibir el crédito, sino que no pudiera elegir *qué* escribir. Podía escribir historias fantásticas, pero en ocasiones se veía obligado a narrar escenas que detestaba. A veces, en las noches de insomnio, imaginaba qué se sentiría tener el poder total de sus historias. Qué se sentiría reunir el valor suficiente para volver a publicar algo bajo su nombre.

Cuando llegó a la silla en que se había sentado con su madre, vio que había una mujer con un niño de brazos allí. Miró a su alrededor y se agachó a revisar debajo del asiento.

—¿Está buscando algo, padre?

Había olvidado que seguía vestido como cura. Tenía que devolver la sotana lo más pronto posible. Le pertenecía al padre Ross, la había tomado prestada de un armario que encontró mientras todos estaban distraídos con la boda.

—Sí, de hecho, sí, ¿me permite incomodarla?

Ella se puso de pie. Zack se agachó y tanteó el suelo debajo de la silla buscando sus gafas. Por un momento se sintió como Vilma en *Scooby-Doo*. Su mano rozó algo suave, no reconoció la forma al principio; pero cuando lo sacó a la luz descubrió que eran sus gafas envueltas en un pañuelo.

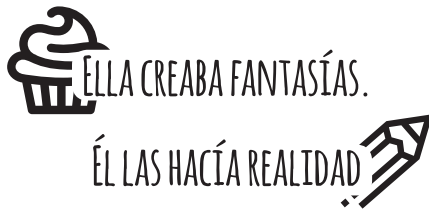
—Qué alivio, ¿no? —dijo la mujer.

—Sí —respondió, dando una leve sonrisa.

Le costaba admitirlo, pero tenía la esperanza de no encontrar sus gafas. Así tendría una buena excusa que darle a Nina Lemo-nov de por qué no había terminado todavía *Otoño en Budapest*.

Usó el pañuelo para limpiar las gafas y se las puso.

Se preguntó quién las había puesto allí.



Ella

(Un año antes)

La señora Williams puso una mano en su hombro y le susurró al oído que la acompañara. Se disculpó con sus amigos y se levantó de la mesa para seguirla.

—¿Recuerdas la amiga que te dije que va a inaugurar su pastelería pronto? Te la presentaré —dijo su cliente—. Por cierto, ¿dónde está Dawson, cariño? Pensaba que iba a acompañarte a la inauguración.

—Tenía mucho trabajo atrasado —mintió. No sabía por qué lo estaba cubriendo, si su novio ni siquiera contestaba sus llamadas—. Pero dijo que te desea muchos éxitos con la pastelería.

—Pobre chico, es un adicto al trabajo. Recuérdame enviarle un postre de agradecimiento antes de irte. —Tomó su mano entre las suyas—. Si no fuera por él, no habría tenido tus maravillosos servicios y esta inauguración no habría sido un éxito.

—Muchas gracias, señora Williams. Fue un placer trabajar para usted —respondió y le dio un abrazo a la pastelera.

Llegaron a una mesa que ocupaba una mujer rolliza y pequeña, que debía rozar los cincuenta años. Su cabello rubio caía en suaves ondas y usaba una boina morada; llevaba puesto un vestido de flores del mismo color. Se puso de pie y le ofreció una gran sonrisa. A primera vista, parecía ser una mujer afable.

—Mira, Jessica, ella es la mujer de la que te hablé, Layla Bramson.

La Sra. Williams las presentó y se marchó para saludar a los demás invitados.

—¿Eres la fotógrafa de comida, cierto? Déjame decirte que Midnight's Baker luce espectacular. Esas fotos son fantásticas, el menú quedó elegante y Annie me contó que además eres repostera, eso me encanta.

Sonrió y tomó asiento.

—Muchas gracias. Pero... De hecho, el fotógrafo es mi hermano. —Se giró para señalarlo. Elijah estaba demasiado ocupado devorando postres para prestarle atención—. Yo soy una estilista de alimentos.

—¿Qué haces tú exactamente, querida?

—Yo preparo la comida para que luzca increíble en las fotos. Jessica se inclinó hacia adelante, interesada.

—¿Y cómo la preparas?

—Bueno, no es tan fácil fotografiar la comida como se pensaría. El helado se derrite, la espuma se acaba, el plato se enfría. Ahí entro yo, tengo buena experiencia y conozco muchos trucos para hacer que la comida se vea como se supone que se tiene que ver. ¿Sabías que para las fotos de los tacos mexicanos la carne suele ser en realidad esponjas pintadas con salsa marrón?

La mujer alzó las cejas.

—No tenía idea.

—Bueno, mi trabajo consiste en hacer que tus clientes ba-been por ese plato que le estás ofreciendo. ¿Qué vas a ofrecer en tu restaurante?

—Verás, trabajé como repostera por años en restaurantes cinco estrellas y sí, era fantástico, pero ahora es mi turno de crear mi propia pastelería. La llamaré —levantó sus manos y agitó los dedos— Sweet Heaven. Por supuesto, no le haré competencia a mi querida Annie, Dios, no, yo vivo al otro lado de Vancouver.

—Eso suena estupendo, te ayudaremos a que todo quede asombroso en tu pastelería. Volviendo al tema, en ese caso,

retomemos el ejemplo del helado. El tiempo de duración de un helado no es el suficiente para tomar la foto que queremos lograr. Así que ¿qué hacemos? Para que tus clientes vean ese helado cremoso, ese chocolate derretido que se desliza por tu boca y ¡mmm! —Cerró los ojos y se saboreó los labios; después de unos segundos los volvió a abrir—. Lo siento. Para que se vea ese helado así debemos recurrir a lo que podamos. Grasa vegetal, sirope de maíz e incluso crema de afeitar.

—¿Pero no le estaríamos vendiendo una fantasía?

Una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Yo me encargo de crear la fantasía; tú, de hacerla realidad.

Él

(Un año antes)

—Yo sabía que había personas que hacían esto, ¿sabe? Pero no sabía que podía ponerme en contacto con una. Cuando lo encontré, tuve un debate interno antes de llamarlo.

Apoyó los codos sobre la mesa, entrelazó sus manos y recostó el mentón en ellas.

—Y dígame, Jenny, ¿puedo llamarla Jenny? ¿A qué se debió su debate?

Ella lo meditó unos instantes.

—No me siento bien robando el crédito de una obra.

—Créame, no es la primera clienta que tiene dudas al respecto, ni será la última. Pero déjeme tranquilizarla. Llevo años haciendo esto, no es el crédito lo que me alimenta, es el éxtasis que me produce escribir. Así que no me está robando ningún crédito. Está pagando por él, de hecho. Se sorprendería de la cantidad de escritores que usted ha leído que contrataron los servicios de un escritor fantasma. Se dice que las obras de Shakespeare las escribió Christopher Marlowe. También dicen que Alejandro Dumas, para escribir *Los tres mosqueteros* y *El conde de*

Montecristo, contrató un escritor fantasma. Hay una anécdota que cuenta que Dumas le preguntó un día a su hijo: «¿Ya leíste mi nueva novela?», y él le contesta: «No, ¿y tú?».

Ella se removió en su asiento, se recostó hacia atrás.

—¿Ha escrito muchos libros de esta forma?

—Nueve en total.

Eso era inflar un poco la cifra, pero ella no tenía forma de averiguarlo.

—¿Ha escrito algún libro que yo conozca?

La miró fijamente a los ojos y una sonrisa se fue desplegando lentamente en su boca. Ella le sostuvo la mirada unos instantes, pero se rio nerviosa y desvió la vista. Un pequeño sonrojo le cubrió la cara.

—Por supuesto, no puede decirme.

—Mi trabajo requiere absoluta confidencialidad.

—¿Nadie sabe para quién escribe usted? ¿Ni su familia?

—Ellos piensan que me gano la vida como traductor. Lo cual no es mentira, también me dedico a traducir novelas del húngaro, francés y español al inglés.

Ella asintió, un silencio se instaló entre ambos. El mesero llegó con su orden.

—No tiene nada que temer, Jenny. Hay una historia dentro de su cabeza pidiendo ser escrita y usted sabe que es hora de hacerlo. Ya tomó esa decisión. ¿Por qué otra razón estaría aquí conmigo?

Ella bebió un sorbo de su café y acomodó sus lentes.

—Mi hermana mayor está preparando todo para inaugurar su pastelería. Ha sido su sueño de toda la vida, pero hasta ahora tuvo el valor de hacerlo realidad. El mío siempre ha sido escribir una novela. Trabajo en la Biblioteca Pública de Vancouver, ¿sabe? Vivo rodeada de libros y he leído cientos de historias, pero nunca he podido crear la mía. Verla tan feliz me inspiró para decidirme a cumplir mi sueño también.

—Eso haremos, confíe en mí. Ahora, dígame, ¿qué libro quiere escribir?

Dejó la taza sobre la mesa y tomó un trozo del *croissant*.

—¿Está usted enamorado, Sr. Hawkins?

La pregunta lo sorprendió. ¿Por qué quería saber eso? Quizá quería escribir un crimen pasional, debía ser eso. ¿Por qué otra razón la haría? Fabrizio nunca le hubiera asignado a un cliente que quisiera escribir un romance, ¿o sí? Él no tenía ninguna experiencia escribiendo romance. La pregunta, debía contestar la pregunta.

—Sí, lo estoy. —Ella lo miró expectante, como si esperara más detalles—. Llevamos saliendo unos meses, su nombre es Maggie —añadió.

—Qué bueno, así no tendrá problemas para inspirarse. Quiero escribir una historia de amor. Tengo la trama, los personajes, los eventos principales, todo. La he estado pensando por años, pero no he podido escribirla. No logro que las palabras expresen lo que quiero. No sé cómo organizar mis ideas. No tengo buena redacción. Escribo una cosa y la borro mil veces. ¿Me entiende? ¿Ha escrito historias de amor, señor Hawkins?

—Nunca. Pero no se preocupe, eso no supondrá un problema, los escritores fantasmas somos como camaleones. Usted crea una fantasía, yo la hago realidad.





ELLA TENÍA LOS OJOS CHOCOLATE.

ÉL TENÍA LA PIEL CANELA



Ella

(Dos años y cuatro meses antes)

—No te pareces nada a como te imaginé.

Layla lo miró con detenimiento.

—¿A qué se refiere?

¿Había dicho eso en voz alta? Qué buena forma de empezar una reunión.

—Yo... Me refiero a que no te pareces a tu padre.

Eso no sonó mejor.

Ella levantó su mano derecha y con el dedo índice y pulgar de la izquierda pellizó el dedo corazón y retiró el guante azul petróleo que la cubría. Era el mismo azul de sus mocasines y de las rayas de su blusa.

—Soy adoptada.

Se removió incómodo en su asiento. Había intentado arreglar un comentario maleducado con otro peor y había pagado las consecuencias.

—Lo siento, no sabía...

Una sonrisa se desplegó lentamente en sus labios rosados. Había una ligera separación entre sus dos dientes superiores frontales.

—Solo bromeaba. La próxima vez que vea a mi padre, Sr. Hardy, fíjese en su nariz y verá que la tenemos igual de delgada.

—Llámame Dawson, por favor.

Sonrió. No se lo había tomado a mal, era un alivio. Ella abrió su maletín rojo —que parecía más una maleta de viaje— para

buscar algo en su interior. Estaba lleno de utensilios de estilismo. Sacó una libreta y un bolígrafo. Lo observó expectante; sus ojos enmarcados por delineador azul, ojeras y unas cejas delgadas del color del chocolate caliente que se servía en invierno.

Debía concentrarse.

—Pensaba que tu hermano nos acompañaría —dijo, para entrar en calor.

—No pudo venir, tenía una sesión de fotos importante a la que no podía faltar. Puede contarme todos los detalles de su proyecto y yo lo pondré al día.

Asintió.

—Está bien. Dime qué sabes acerca de la revista Flavours.

—Bueno, soy suscriptora hace cinco años. Es una de las mejores revistas de comida del país.

—Sí, de hecho, tenemos el segundo lugar. Después de Food & Wine de Toronto. ¿La lees?

—Sí, también.

—Este mes hemos decidido invertir en impresiones en gran formato para hacer publicidad masiva. Aún no te puedo dar los detalles, pero la idea es hacer algo grande para aumentar las ventas.

—Suena excelente.

—Ahora, cuando hablamos de Flavours no hablamos solo de comida, estamos hablando de experiencias, de cultura. Los mejores recuerdos se hacen alrededor de una mesa, ¿verdad? Tenemos columnistas en las mayores capitales culinarias del mundo. En Tokio, Singapur, New Orleans, Lima, Budapest, San Sebastián, Lyon, Sao Paulo... Como nuestro lema dice: «Del mundo a su mesa». Nos interesa saber qué están comiendo, cómo y dónde. Hablamos de festivales de comida, tendencias, novedades, todo lo que está pasando en el mundo culinario.

—He visto bastantes artículos sobre nuestra comida también.

—Por supuesto, también nos interesan las novedades de Canadá. Por eso tenemos la sección de recetas o restaurantes

nuevos que merecen nuestra atención. Pero no nos limitamos por filosofías nacionalistas, también nos interesa saber del nuevo restaurante danés que inauguraron y que es increíble. ¿Por qué negarles la oportunidad a los extranjeros? La comida es un lenguaje universal que ayuda a las personas a entenderse mejor que las mismas palabras.

—Eso es...

El timbre del teléfono la interrumpió. Él contestó usando el altavoz.

—¿Sí, Rachel?

—Sr. Hardy, Renéé está en la otra línea y desea saber si va a desayunar abajo o si le sube el desayuno.

Ella estaba tomando notas en su libreta.

—Dame un momento. —Oprimió el botón de espera—. Discúlpame, esta mañana estuve trabajando desde las cuatro y cuando me di cuenta, tenía el tiempo justo para llegar a la oficina, no he desayunado. ¿Te puedo invitar a desayunar? Si ya desayunaste, no te preocupes, puedo posponerlo.

—Oh, no, yo tampoco he desayunado —dijo—, pero no es necesario que me invite, pagaré mi propio desayuno.

—Es una cuestión de etiqueta de los negocios, Layla. Aquel que va a hacerte una propuesta de trabajo siempre paga todo. Ya después puedes invitarme a un desayuno informal si quieres.

Ella no insistió.

En quince minutos, el escritorio rectangular color caoba de su oficina cambió por una mesa redonda de cerezo de un pequeño restaurante. Su *macbook* fue reemplazado por un plato con tocino *peameal*¹, huevos, tostadas y una rodaja de limón. En lugar de un vaso plástico de café, había dos vasos de vidrio con jugo de naranja y zanahoria. Sus anotaciones pasaron a ser servilletas y el lugar del portalápices lo ocupaba un recipiente con los cubiertos. La libreta de Layla había vuelto al maletín y ahora un plato con

1 Tipo de jamón hecho de lomo de cerdo sin hueso magro enrollado en harina de maíz.

huevos benedictinos era en lo que concentraba su atención para evadir su mirada.

—Nuestros subscriptores oscilan entre aquella mujer apasionada de la cocina que está buscando algo nuevo que probar en su hogar —continuó explicándole— hasta aquel chef profesional que quiere conocer las novedades de la competencia.

Cortó un trozo de tocino *peameal* y lo masticó. Admiró los perfectos modales de Layla en la mesa. Ella apenas si lo miraba. Un flequillo irregular cubría su frente y el cabello castaño estaba sujeto en lo alto en una cola de caballo, con las puntas rubias cayendo sobre su hombro.

—Una necesidad básica se ha convertido en todo un arte y debemos tratarlo como tal. El arte culinario es altamente visual. La comida ofrece combinaciones infinitas de colores, texturas, formas y tamaños. Si hay alguna tendencia nueva en cuanto a la presentación de platos, la usaremos en nuestras fotos. Los chefs buscan inspiración en Flavours. Por eso las fotografías son tan importantes.

Pequeños lunares cubrían sus mejillas, candongas colgaban de sus orejas y sus pestañas eran apenas notorias. Vestía un overol gris gastado, pero impecable. No tenía un pecho prominente, pero había observado su trasero al salir del ascensor, y no estaba nada mal.

—Hemos alcanzado un nivel estético único gracias al trabajo en conjunto con Royce Stoddard y necesitaba encontrar a alguien que equiparara ese nivel. Entonces recordé que tu padre me dijo que tenía una increíble estilista de comida y un fotógrafo como hijos, así que llamé a Kaleidoscope para pedir su portafolio y vi su trabajo. Quedé impresionado. Las composiciones son excelentes, el manejo y la combinación de las texturas generan imágenes interesantes y me gusta cómo se arriesgan con perspectivas poco usuales. Hay un trecho entre su trabajo y el de Royce, por supuesto. Pero sé que con su talento y mi visión podemos lograrlo.

—Será un reto, pero pondremos todo el empeño para conseguirlo.

—Podría contratar a algún estilista más experimentado como Marilyn Turner o Donna Melton, pero, así como Debra Laforge me dio una oportunidad a mí para que fuera el jefe de redacción de su revista a pesar que solo tengo veintinueve años, yo quiero dársela a ustedes.

—Le agradezco mucho por la oportunidad, estamos muy felices de trabajar con su revista —dijo con una sincera sonrisa.

—Eso es todo. Ahora es tu turno de hablarme sobre ti.

—Amm... Yo... —Tomó un sorbo de jugo—. Me pregunto qué vamos a fotografiar.

Rio.

—Por supuesto, olvidé lo básico. Son aves, hablaremos de los tipos de cocción. Cuando volvamos a la oficina te daré las recetas que debes recrear para que te prepares. Royce hizo la mitad de las fotos, pero estuvo en el hospital y lo incapacitaron, así que no pudo terminar las fotos del mes. En cada artículo aparecerá Elijah como el fotógrafo y tú aparecerás en la lista general de créditos junto a Royce.

—Suena genial.

No añadió nada más, siguió comiendo en silencio. Tal vez pedirle que le contara sobre ella era muy general, así que optó por preguntarle algo específico. Algo que la animara a hablar.

—Tu padre me contó que trabajaste en el Gaiá's Restaurant, ¿cómo fue esa experiencia?

Ella se detuvo por unos instantes, con la vista fija en su plato. Miró hacia el techo y sonrió.

—¿Conoces esa canción?

El asintió. En los pequeños parlantes sonaba *Take the "A" Train*, un jazz estándar.

Layla trazó la melodía en el aire con los dedos índice y cerró los ojos embelesada unos segundos.

—Amo esa canción. La letra en esa versión la compuso Joya Sherrill. Inventó la letra mientras sonaba la melodía en la radio. Algunas canciones tienen melodías preciosas, pero letras tan equivocadas. Aprendí cómo quitarles las voces a las canciones usando un programa. A veces me gusta hacer lo mismo que Joya. Me gusta inventarles letras a las canciones mientras las escucho.

—¿Y qué programa utilizas? A mí también me gustaría quitarles la letra a unas cuantas.

Así la conversación tomó otro rumbo.

En la noche, cuando Dawson repasó en su mente la charla con Layla, llegó a la conclusión que aquel comentario sobre las canciones era lo único que ella le había dicho sobre sí misma. Le habló de comida, de fotografía, de saxofones, del periódico donde publicaba las críticas su padre y de bicicletas. Pero no le contó ninguna anécdota personal, no mencionó ningún rasgo de su personalidad, ni describió su vida.

Tampoco dejó que pagara su desayuno; le extendió el dinero a la cajera antes que el siquiera sacara la billetera.

Sí, no se parecía nada a cómo la había imaginado.

Él

(Dos años antes)

Cuando Maggie levantó la vista de su libro, vio un hombre joven mirándola fijamente.

Él recorrió con la vista los asientos vacíos alrededor y luego se fijó en la silla vacía a su lado. Aparentaba unos veinticinco años. Tenía la espalda ancha y las caderas estrechas. Vestía unos vaqueros desgastados que quizás en algún punto fueron negros, pero ahora era difícil saber; zapatillas Converse negras con la suela y los cordones bastante blancos, y chaqueta azul con una capota que llevaba puesta.

Algo nuevo, algo usado y algo azul. Seguro iba a casarse.

Volvió su atención hacia su libro. Vio por el rabillo del ojo que él caminaba por todo el pasillo del bus y se detenía junto a su asiento. Podía sentirlo a su lado, pero no pronunciaba palabra. Levantó el rostro para mirarlo, de hecho, tuvo que inclinar la cabeza bastante para observar su expresión. Él señaló con el mentón al asiento vacío junto a la ventana. Había decenas de asientos vacíos junto a la ventana, ¿por qué quería justo ese? Él esbozó una sonrisa; no podía ver sus ojos por el reflejo de la luz del sol en sus gafas. Se giró de medio lado y le dio paso. Cuando terminara de ahorrar para comprarse su auto, no tendría que pasar por extraños momentos como ese.

Volvió a su libro.

«Cada vez que se acercaba al cadáver, las formas se tornaban más familiares. Aquellas formas que había memorizado noche tras noche en la intimidad de la luz de la vela».

Una risa a su lado interrumpió la creciente angustia que surgió en su pecho al leer esas líneas. Le dio una ojeada; él miraba hacia la ventana y lucía como si estuviera intentando suprimir la risa. Ya se había bajado la capota, tenía el cabello negro peinado hacia atrás y a un lado, pero un mechón rebelde caía sobre su frente; el cabello en la base de la nuca era bastante corto. Tenía los indicios de una barba, como si no se hubiera afeitado en tres días.

«Las extremidades del cuerpo estaban dispuestas en ángulos absurdos haciendo más grotesca la escena».

Otra risa. Ella suspiró.

—¿Crees en el destino? —dijo el hombre.

Frunció el ceño.

—¿Qué?

—Que si crees que somos las piezas en algún juego de mesa universal, que todo ocurre por una razón.

Ella se quedó mirándolo perpleja unos segundos. Un rayo de luz atravesó las gafas del joven; sus ojos eran de color avellana.

Amaba ese color de ojos y le gustaba cómo combinaban con esa piel canela.

—No lo sé, ¿a qué viene esa pregunta?

—A que el destino me ha traído a ti. Estás leyendo un libro que yo... leí, y te daré un consejo que me agradecerás. Léelo hasta la página 254, ese es el verdadero final. Si lees después de eso, te arrepentirás. El sentido real de toda la historia se perderá.

Revisó el número de la página.

—¿Cómo puede una historia quedar concluida diez páginas antes del final? ¿No quedaría faltando algo?

Él se lamió los labios resecos.

—No, tal vez él hizo el perfecto final de la historia, pero la editorial quería algo más comercial, y aun así no removieron el final original para generar tensión. Una pena.

—Ella.

—¿Qué?

—Lo escribió una mujer. —Le mostró la cubierta del libro—.

Nina Lemonov.

Él cerró los ojos, arrugando su larga nariz; sacudió la cabeza.

—Sí, es verdad, ella. Ella es la autora, claro.

Él tamborileó los dedos sobre las rodillas. Eran delgados, tenía un callo en el dedo corazón de la mano derecha.

Arqueó una ceja.

—Entonces, según tú, ¿ella no quería ese final?

—No, claro que no. Ella tenía que haber defendido su idea, pero tenía miedo de no ser publicada.

—Lo dices como si hubieras estado allí.

Él se rio de buena gana, un par de líneas se dibujaron a lado y lado de su boca.

—Es como si hubiera estado, sí, convenciéndola de que no se cuestionara el final, de que la obra ya estaba concluida —dijo, lleno de convicción.

—En serio detestas ese final, ¿no?, para venir aquí a hablarle a una extraña solo para decirle eso.

—Como no te imaginas, es una de las pocas desventajas de mi trabajo.

Quiso preguntarle a qué se refería, cómo se llamaba, de donde sacaba tantas teorías, pero había llegado a su parada.

—Tendré en cuenta tu consejo, adiós.

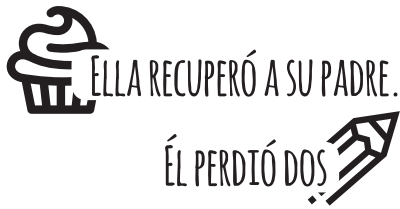
Se bajó del bus.

Tres días después, cuando llegó a la página 254, cerró el libro.

Dos días después lo abrió y leyó lo demás.

Un día después se arrepintió.





Ella

(Dos años y cuatro meses antes)

Alguien estaba batiendo huevos en su cabeza. Abrió los ojos haciendo un esfuerzo monumental, la luz que entraba por la ventana la hirió enseguida. Apenas si podía mover el cuerpo, las náuseas le subían por el esófago y su garganta estaba seca. Tenía resaca, pero no por beber demasiado; era una resaca por haber terminado de leer un libro que le había roto el corazón.

Levantó la cobija para salir de la cama, algo cayó al suelo. Se estiró para ver qué había sido. Se trataba del culpable de todo: *Elixir*. Recogió el libro y lo puso encima de la mesa de noche. Se había dormido con él sobre su pecho. Frotó sus sienes y miró la hora: 6:40 a. m.

¡Ya era hora!

Salió de su cuarto en un santiamén. Elijah estaba desayunando en la cocina.

—Pensaba que ya te habías id... —Se interrumpió—. ¿Qué te pasó? ¿Estás bien?

¿Así de mal se veía? Se sirvió un vaso de agua y lo bebió en unos cuantos tragos. Fue hasta el fregadero, abrió la llave y se echó agua en la cara.

—Sé que no lo parece, pero estoy de maravilla, nunca había estado mejor. —Tomó una manzana de la mesa y la cortó hábilmente en trozos con un cuchillo encima de un plato—. Ahora, necesito que le digas a Susan que tengo diarrea y no iré a trabajar hoy.

—Tener diarrea no es lo que llamaría estar de maravilla.

—No tengo diarrea —aclaró. Cortó un banano y los trozos cayeron sobre el plato—, es lo que le diré cuando la llame, tú solo debes respaldarme.

—¿Por qué? —Puso su mano sobre mi hombro—. ¿No tienes ánimos de ir hoy?

Lucía preocupado.

—No es eso. Anoche terminé de leer el libro y tuve una revelación. —Le quitó las hojas a unas cuantas fresas y las cortó por la mitad—. Hoy iré a buscar a papá.

Lo miró para ver su reacción. Él se quedó pasmado unos instantes, luego, una sonrisa de ilusión le cubrió la cara.

—¿Es en serio?

Ella sonrió y las lágrimas se anegaron en sus ojos.

—Sí.

La estrujó entre sus brazos musculosos. Después acunó su rostro entre sus manos.

—Eso me hace sentir tan feliz. Espera que le cuente a mamá.

—¡No le cuentes! —Ella se dirigió hacia la nevera y sacó la crema de leche—. Podría contarle a papá y quiero atraparlo de sorpresa para que no escape.

Él rodó los ojos y se recostó en el fregadero.

—No va a escapar, lleva un año esperando que le vuelvas a hablar.

—Por eso mismo. —Cubrió la fruta picada con la crema de leche—. No sé cómo reaccionará al verme. ¿Qué tal si dice que ya es muy tarde? ¿Qué tal si no puede perdonarme?

Se miró las manos temblorosas. Limpió el cuchillo y lo guardó.

—Todo va a salir bien —dijo su hermano—, no tienes nada que temer. Es lo mejor que podría pasarle.

—¿Mejor que reseñar para *The Guardian*?

Tomó sus hombros con sus manos firmes para tranquilizarla.

—Incluso mejor que eso. Eso sí, tienes que comer y bañarte primero, luces como si vinieras de un funeral. A él le preocuparía verte así.

Se sentó en un banco a desayunar.

—Creo que fue así. —Alcanzó un tenedor de un recipiente—. Estuve llorando toda la noche después de leer el final de la novela. Te juro que hace mucho no sufría tanto por un libro.

Él se calzó las botas.

—¿Y por qué?

—No puedo decirte, te arruinaría la historia.

—¿El libro tiene dibujitos?

Ella frunció el ceño. Comió unos cuantos trozos antes de contestar.

—No.

—Entonces no voy a leerlo, adelante, arruínalo.

Ella rio.

—La historia trata sobre un papá y el hijo. En momentos de la lectura me detenía y sonreía pensando: «vaya, esto me recuerda a mí y a papá». No es que los personajes se parezcan a nosotros, pero me sentí identificada con la complicidad que ellos compartían, ¿sabes? Son un par de hombres increíbles, tan... tan reales, con sus virtudes y defectos, y me encariñé con ellos, especialmente con el protagonista, creo que estoy un poco enamorada de él. Es una lástima que los hombres así solo existen en la ficción.

Siguió comiendo.

—Ahora tendré que aguantarte hablando del fulano, ¿no? —Él se puso de pie y tomó su chaqueta de cuero del perchero—. ¿Y cómo terminó la historia?

—Su padre murió y... —Su voz se cortó, las lágrimas se asomaron de nuevo a sus ojos—. Nadie nunca me había transmitido sus sentimientos de esa manera tan intensa. Yo realmente sentí su dolor, me hizo trizas. Él me destrozó, pero me hizo entender muchas cosas importantes.

—¿Él? ¿El protagonista?

—¡No! Bueno, sí, pero me refiero al escritor del libro. —Se levantó y corrió a su habitación para traer el ejemplar. Señaló su nombre en la portada—. Se llama Zacharias Hawkins. Después de buscar a papá, voy a ir a la primera librería que encuentre a comprar una copia y a conseguir sus datos de contacto para expresarle todo mi agradecimiento y decirle que lo amo.

Elijah tomó el libro y lo dejó sobre la mesa de la cocina, le devolvió el plato para que siguiera comiendo.

—Ya estás enamorada de él, diablos. Ojalá alguien se enamorara de mí solo con ver mis fotos.

Se sentó de nuevo.

—¡No! Es solo una expresión. Es como decir que amo a J. K. Rowling, no es que la ame, me refiero a que admiro mucho su trabajo y quisiera lamer su cerebro.

—Sí, claro.

Le dio un ligero empujón a su hombro.

—Ni siquiera lo conozco, no me molestes.

Él le dio un beso en la frente.

—Buena suerte con papá, *okey*? Todo saldrá bien.

—¿Puedes hacerme un favor?

—Claro, el que sea.

—¿Podrías prestarme tu auto?

Dejó caer el rostro y soltó un suspiro.

—El que sea menos ese.

—¡Vamos! ¡Por favor! Prometo cuidarlo.

—Sabes que lo segundo más importante para mí después de ti, es mi bebé, ¿verdad? No quiero que le hagas algo y tenga que acabar contigo, y me quede sin las dos cosas que más quiero en el mundo.

Ella rio.

—No le haré nada. Lo prometo, solo lo usaré para buscar a papá y lo llevaré sano y salvo a la agencia.

Él asintió. Sabía que no se iba a negar si se trataba de eso. Caminó hacia la entrada, tomó las llaves de la pared y se las arrojó, ella las agarró en el aire.

—Por cierto, el nombre de ese escritor me resulta familiar —dijo desde la entrada—, estoy seguro que lo conozco de alguna parte.

Ella inclinó el banco para verlo, casi pierde el equilibrio, se agarró de la mesa para no caer.

—¿Qué?!

Él ya se había ido.



La puerta se abrió y su madre apareció en el marco. Su cabello castaño estaba sujeto por una pañoleta al mejor estilo pin-up, vestía un overol color oliva que llegaba debajo de sus rodillas y estaba cubierto de tierra. Dejó caer la regadera que traía en la mano cuando la vio.

—Layla.

—Hola, mamá —dijo, tenía las manos metidas en los bolsillos. El corazón aleteaba dentro de su pecho.

Ella bajó los escalones de la entrada corriendo y la abrazó fuerte. La sombrilla quedó atrapada entre las dos.

—Volviste a casa —sollozó. Cuando se separaron, sus ojos cafés estaban humedecidos—. No sabes cuán feliz me hace verte acá.

Entonces Eleanor desvió la vista a su ropa, le había ensuciado el abrigo con la tierra que traía en su overol. Lo sacudió con la mano.

—Lo siento, estaba trabajando en el invernadero.

Tomó su mano para sostenerla. Eran las manos de una mujer que había trabajado toda la vida con ellas.

—A mí también me hace feliz estar aquí. Vine a buscar a papá.

Ella entreabrió los labios, tardó unos segundos en contestar.
—¿En serio? —Se cubrió la boca con la mano libre—. No puedo creerlo.

—Sí, por fin reuní el valor —rio—, ¿él está aquí?

Torció el labio hacia abajo.

—No, ya se fue al periódico.

Soltó el aire que estaba conteniendo, la decepción y el alivio competían dentro de su pecho.

—Volveré en la noche, lo prometo. —Apretó su mano—. Voy a ir a buscarlo antes de que pierda el coraje.

Su madre la abrazó de nuevo.

—Espera, ¿viniste en el auto de Elijah?

Layla miró hacia el Chevrolet Bel Air que la esperaba bajo la lluvia junto a la acera.

—Sí, ¿puedes creerlo?

Ella se secó la lágrima del ojo y sonrió.

—Es un día de milagros.



—¿Cómo que no está? ¿Dónde está?

La mujer separó los ojos del computador unos segundos para darle una mirada disgustada. Layla quitó las manos del escritorio y se recordó que se había propuesto ser más amable a partir de ese día.

—Lo siento, es que lo estoy buscando con urgencia, ¿podrías decirme dónde está? Soy su hija.

La mujer dejó lo que estaba haciendo y apoyó los codos en la mesa para prestarle toda su atención.

—Así que tú debes ser Layla, ¿no?

¿Él hablaba de ella en el periódico?

—Sí.

—Verás, Vincent sale todo el tiempo. Seguramente debe estar en algún restaurante.

—¿Podrías averiguarlo? Es de suma importancia.

—¿Por qué no lo llamas?

Tragó saliva.

—No tengo su número.

Entrecerró los ojos.

—¿No tienes el número de tu papá?

Sabía que era difícil de creer, pero era cierto. La mujer se veía escéptica, como si dudara de que ella fuera en verdad su hija. Podía decirle la verdad, pero era algo muy personal para decírselo a una extraña, además, no sabía si ella era de fiar, ¿y si le contaba a todos en el periódico?

—Robaron mi teléfono —mintió—. No tengo el número de nadie.

Sacó su billetera del bolso, allí tenía una fotografía de los dos. Se la enseñó.

—Somos nosotros, mi hermano la tomó el día en que me dieron una beca en la Escuela...

—Internacional de Cocina —completó la mujer—. Tu papá lo dice todo el tiempo.

Se le encogió un poco el corazón al saber que su padre hablaba de ella.

—¿Puedes ayudarme?

La secretaria la miró en silencio.

—Puedo darte su número, claro.

Tomó una libreta y repasó las hojas hasta que encontró el número. Luego arrancó una hoja amarilla de un taco de papel y lo anotó allí. Ella no quería llamarlo, necesitaba ver su reacción, no le gustaba hacer cosas importantes por teléfono. Hubiera sido mejor decirle la verdad. La mujer le extendió el papel, ella miró su mano, reacia a recibirlo.

—Preferiría hablar con él personalmente. Quería darle una sorpresa, por eso vine hasta acá.

La mujer sacudió el papel para que lo tomara. Ella lo deslizó de sus dedos y lo observó. Allí estaba el teléfono y debajo decía «Le chevalier de fleur».

—Es el restaurante donde fue a desayunar.

Le dio una mirada de agradecimiento a la secretaria, incluso tuvo ganas de abrazarla.

—Qué gentil eres. —Tomó su sombrilla que escurría agua en el suelo y salió corriendo hacia la puerta—. ¡Adiós!

—Señorita Bramson —la llamó la mujer.

Se detuvo, sus mocasines se deslizaron por el piso de cerámica.

—¿Sí?

—Tu papá me habló de... ustedes. Él la necesita, créame.

—Lo sé. Yo también lo necesito.



Conducía feliz. Tenía los audífonos puestos, cantaba una canción que aparecía en *Elixir* y había comprado en la tienda de iTunes. Ya la había repetido tantas veces que se la sabía de memoria.

—*Runnin' down the avenue, see how the sun shines brightly in the city on the streets where once was pity, Mr. Blue Sky is living here today, hey hey* —cantó.

Las calles de Vancouver estaban cubiertas de lluvia, pero en su corazón el cielo había vuelto a ser azul. Conocía ese restaurante, estaba segura de que él no lo había reseñado todavía. Lo sabía porque leía todas las reseñas que publicaba en el *Canada Post* y en su blog, era su forma de sentirlo cerca.

—*And today is the day we've waited for.*

Parqueó el auto junto a la acera, media calle arriba. Trotó hacia el restaurante, esquivó el rompetráfico que anunciaba el menú del día e ingresó al pequeño establecimiento. El calor y el pan recién horneado le dieron la bienvenida. Las personas a su alrededor lucían optimistas y amigables si tenía *Mr. Blue Sky* de fondo, casi como si fueran a levantarse en cualquier momento

para bailar y cantar juntos. Era una lástima que eso solo pasara en las películas.

Escaneó uno a uno los rostros de los comensales. Un hombre de cejas pobladas que escuchaba con atención a una mujer que hablaba con la boca llena, una mujer que retocaba su labial mientras su amiga de gafas remendadas terminaba de comer, un hombre con la quijada cuadrada con la vista perdida en el pasado, un joven encorvado que le sonreía a una mujer de rasgas, una chica leyendo un libro que no era apropiado para su edad, un anciano que le ayudaba a su esposa a cortar su tocino, un joven que tenía los ojos clavados en el televisor mientras su acompañante hundía su vista en su plato de comida. Ninguno era su padre.

La canción terminó.

Una mesera se le acercó y le dio la bienvenida en francés, le preguntó si quería una mesa. Ella se negó y dijo que estaba buscando a Vincent Bramson.

—*Monsieur* Bramson acaba de irse —respondió.

Esta vez la desilusión le ganó al alivio.

—*Merci* —dijo en un hilo de voz—. *Bonne chance!* —añadió. La iba a necesitar si su reputación estaba en las manos de la reseña de su padre.

Salió del café y abrió de nuevo su sombrilla para cobijarse de la lluvia. ¿Dónde estaría su papá ahora? Tendría que llamarlo después de todo. El destino parecía burlarse de ella. Podía decirle a Elijah que lo llamara y le preguntara dónde estaba. Era una buena idea si ignoraba lo raro que sería para su papá recibir una llamada espontánea de él. No importaba, ya lo había dicho su mamá: era un día de milagros.

Había un hombre junto al auto de Elijah, dándole la espalda; estaba debajo de una sombrilla. Ella se detuvo un momento, su corazón se agitó por segunda vez en el día. Tenía el cabello negro desordenado, cubierto por una boina gris, vestía una chaqueta de

gamuza de un gris más claro y pantalones azules de mezclilla que se doblaban al final por ser más largos que sus piernas, pero que a él le gustaba usarlos así. Caminó lentamente en su dirección, como si fuera un ciervo al que no quería espantar. Cuando estuvo a una distancia de un metro, levantó su voz.

—¿Papá?

Él se dio la vuelta de inmediato. Ahora tenía una barba candado, tal vez unas cuantas canas más y un par de arrugas nuevas, pero por lo demás, era el mismo. Ella se quitó sus audífonos, quedaron colgando de su bufanda. Vincent permaneció turbado unos segundos, mirándola como si fuera una aparición. Ella cerró su sombrilla y avanzó los últimos pasos hasta quedar cubierta por la sombrilla de su padre. Él ladeó la cabeza, acarició su cabello con el envés de su mano y escruñó su rostro.

—Estuviste llorando —comentó, preocupado.

—Anoche murió el padre de un amigo —respondió—, era un gran hombre.

No importaba que fueran personajes ficticios, lo que sentía por ellos era real.

—Lo siento.

Ella puso las manos en sus hombros.

—No, yo lo lamento. Estaba tan asustada de perderte... Creí que alejarme era la única forma de protegerte.

Él suspiró.

—No tienes forma de protegerme de mí mismo.

Miró sus ojos verdes que relucían.

—Lo sé. Solo que tengo miedo de lo que no puedo controlar.

—Todos lo tenemos, hay que vivir con ello, hija. Lo único que puedes hacer es escoger bien los ingredientes, confiar en la receta, ponerle el corazón y esperar que resulte lo mejor.

Ella lo abrazó y enterró la nariz en su hombro. Las lágrimas de felicidad corrieron por sus mejillas sin su permiso. Él sobó su espalda con la mano libre.

—¿Puedes perdonarme? —sollozó.

—Solo con una condición —respondió.

Levantó el rostro para mirarlo, se secó las lágrimas con las mangas de su abrigo.

—¿Cuál?

—Que me ayudes a preparar la cena.

Ella sonrió y agradeció en silencio al escritor que le había dado el valor de perdonarse.

En ese momento decidió que lo buscaría por cielo y tierra para darle las gracias y así lo hizo. Recorrió las librerías, pero ninguna tenía un ejemplar de *Elixir*, ni conocía el autor. Fue a la editorial a preguntar por él, pero no le dieron razón de su paradero. Lo buscó en internet, en el directorio telefónico y hasta en las lápidas del cementerio, pero él nunca apareció.

Era como si fuera un fantasma.

Él

(Seis años antes)

Necesitaba irse de allí.

Buceó entre las personas para encontrar a su madre. Cada tres pasos que avanzaba, alguien le daba su sentido pésame y decía lo mucho que apreciaba a su abuelo. Los saludos variaban muy poco entre sí, como si en la entrada hubieran repartido tarjetas con mensajes de condolencia. El más popular de todos era el que más detestaba: «Imagino lo que estás sintiendo».

No, no sabían lo que estaba sintiendo.

La cara rolliza de su hermana menor apareció entre la multitud.

—Zack, te estaba buscando. —Puso una mano sobre su hombro.

—Yo también, ¿dónde está mamá? Quiero despedirme.

Lo miró como si no creyera lo que acababa de escuchar.

—¿Qué es más importante para ti que esto? ¿A dónde tienes que ir?

A cualquier lugar donde pudiera derrumbarse a solas.

—Tengo migraña y no traje pastillas, necesito ir a una farmacia. Los ambientes de los cementerios me enferman. ¿Y quiénes son todas estas personas? No conozco ni la mitad.

—Quizás alguien filtró la información en el club de fans —dijo, encogiendo sus hombros—. Está bien, vete. Yo vigilaré al tío Ethan.

—¿El tío Jack no estaba con él?

—Por eso mismo.

Ella los señaló. El tío Jack estaba recostado en un árbol fumando y el tío Ethan estaba bebiendo de una botella.

—¿Eso es Jack Daniels?

—Cuando se lo llevó, dijo que iba a presentarle a un tocayo suyo que lo ayudaría a lidiar con el duelo.

Negó con la cabeza.

—Tendremos que llevarlo en brazos a la casa.

—Sí, supongo. Te estaba buscando porque Janine está aquí, pero le diré que te fuiste.

Su corazón se saltó un latido al escuchar su nombre. Resistió la urgencia de ir a buscarla, si había una persona con la que no podía aparentar ser fuerte, era ella.

Acarició su cabeza y le dio un beso en la frente.

—Hazme ese favor, ¿quieres? Dile que vaya a la casa en la noche.

—Ella no se va a quedar tanto tiempo. Tomó un avión solo para venir aquí, mañana temprano tiene que estar de vuelta en Estados Unidos para presentar su tesis de grado.

Suspiró. Si había hecho todo ese viaje solo por un par de horas, sería un imbécil si no le daba siquiera unos minutos.

—¿Dónde está?

Hannah lo guio hasta que la cabeza castaña de su madre apareció entre las personas, Janine estaba tomando sus manos entre las

suyas. Al principio, no la reconoció: su cabello había cambiado a rubio platino y estaba más largo que la última vez. Giró su rostro hacia ellos. Como sucedía siempre que lloraba, su cara estaba manchada de rojo por partes; los ojos cafés estaban irritados; la nariz, enrojecida y los labios, hinchados a su alrededor. Su corazón se encogió al ver en su rostro el reflejo de su propia tristeza.

Ella le susurró algo a Caryn y corrió hacia él. Permaneció estático, con las manos en los bolsillos. Ella se abalanzó a su pecho, enviando un brazo sobre su hombro y el otro por debajo de su axila; enterró las puntas de los dedos en su espalda, aferrándose con fuerza. Hundió el rostro en la curvatura de su cuello, él la rodeó con los brazos, apoyó el mentón en su cabeza y cerró los ojos para inhalar su olor. Menta, aire reciclado de avión y metrópoli.

Se abrazaron durante un minuto, consolándose mutuamente en silencio.

Ella le pidió permiso a Caryn para retirarse con él unos minutos. Caminaron hasta alejarse lo suficiente de las tumbas.

—No era necesario que vinieras, Jan.

—¿Estás bromeando? Tenía que despedirme del tío Thom. No lo vi venir, ¿sabes? Él se veía tan saludable a pesar de su edad. Mi abuelo me llamó para contarme, estaba destrozado. La noticia me aplastó, como si una ola gigante me enviara al fondo del mar en cuestión de segundos. ¿Qué clase de amiga sería si no hubiera venido?

—No he podido hablar con el tío Norman, ¿cómo lo está llevando?

—Tú sabes, eran como hermanos. El abuelo estaba feliz editando la recopilación de material inédito del tío Thom. Decían que era su última gran travesía, querían cerrar con broche de oro cuarenta años de trabajo en esa serie de libros. Ahora él tendrá que completarla solo. Planearon tantas cosas pensando que la vida les alcanzaría. Creo que todos pensábamos que Thomas Hawkins era inmortal.

—Yo lo ayudaré a terminarlo. No soy un escritor y menos un editor, pero soy quien mejor conoce la obra de mi abuelo después de él.

—Ambos lo haremos, ¿okey? Así nos consolaremos entre los tres, rindiéndole honor.

Él asintió. Se miraron a los ojos unos instantes; un nudo se le formó en la garganta. Necesitaba cambiar de tema urgente.

—Cuéntame de ti, ¿cómo va todo en Nueva York? —preguntó, un ligero temblor en su voz.

—No volviste a escribirme —respondió Janine.

—He estado ocupado.

—Tu abuelo terminó de escribir su autobiografía, trabajó en la recopilación y ayudó a tu mamá con todos los preparativos para montar la librería, y aun así se las arreglaba para mandarme una carta al mes.

—Él le pagaba a alguien para que escribiera sus cartas.

—¡Qué tonto eres! —Empujó levemente su hombro—. Te creería si no supiera que tu abuelo odia los escritores fantasmas. Vamos, ¿cuál es tu excusa?

—No tenía nada que contar sobre mí, al menos nada que no sepas.

—Me gustaría enterarme por ti y no por los demás.

—¿Cuál es la diferencia?

—Me gusta cómo cuentas las historias, son el alma de las fiestas.

—Bueno, es una lástima que en mi casa últimamente no hacemos fiestas, solo funerales.

Ella apretó los labios.

—Lo siento. —Suspiró—. Me duele la cabeza y estoy pasando por dos lutos consecutivos, eso me pone sarcástico.

Janine no respondió nada, en su lugar, abrió su bolso y sacó una botella de agua.

—Ábrela.

Acto seguido, sacó un sobre de pastillas nuevo de Fioricet¹. Ella sacó una y le pidió que estirara la mano, depositó la pastilla en su palma y él la tomó.

—No sabía que sufrías de migraña.

—No —replicó Janine—. Las compré para ti. Estaba casi segura de que te daría migraña y, como te gusta hacerte el macho, no traerías pastas.

Ella metió el sobre a su bolsillo de la chaqueta.

—Gracias, Jan.

—¿Puedo saber por qué no me has escrito?

Desvió la mirada. Cuando algo se le metía a Janine, no había poder humano que se lo sacara.

—No lo sé, tal vez no quería que Tony se pusiera celoso.

—Tony no está celoso de ti.

—Olvidaba que Tony no es celoso y por eso están en una relación abierta.

—No estamos en una relación abierta. Sí, intercambiamos parejas en ese bar *swinger*. Admito que fue excitante, pero fue solo una vez y acordamos no volver a hacerlo.

—Excitante, me imagino.

—No seas mojigato, Zack.

—Lo siento por no querer protagonizar un episodio de *Sexo en Nueva York*.

—¡Yo tampoco! Lo que quiero decir es que Tony no está celoso de ti, no después de que le conté todo.

—¿Qué es todo?

—Que somos viejos amigos, que hicimos la escuela primaria juntos, pasábamos los veranos juntos, que nuestros abuelos trabajan juntos, que nuestras mamás son socias. Todo.

—Creo que tu versión de «todo» omite muchos detalles importantes.

—¿Qué detalles?

1 Medicamento usado para tratar el dolor de cabeza causado por el estrés.

La noche despejada en la playa Jericó. Sus cuerpos desnudos nadando en el mar. Sus ojos brillantes fijos en los suyos.

—Como aquella vez que te hiciste pipi en tus pantalones y entré al baño de niñas para prestarte mi sudadera. Eso refuerza el mensaje de nuestra amistad.

Ella rio.

—No sé cómo no se me ocurrió antes. —Luego su rostro se agravó—. Había tenido novios antes, nunca me habías dejado de hablar por eso.

—Ya basta con el tema, Janine, ¿qué quieres que te diga? ¿Es necesario que me explique? Creo que resulta evidente.

—No es tan evidente para mí.

Retrocedió y metió las manos en sus bolsillos, apretó sus puños por la frustración.

—¿Pero por qué te interesa tanto? ¿Por qué simplemente no sigues tu vida y ya?

—¡Porque te extraño, Zacharias! —exclamó. Sus ojos fulguraban—. Extraño hablar contigo, extraño tenerte en mi vida.

—¡Tú extrañas algo que ya no existe, Janine! —respondió—. Ya no soy ese Zack que conocías. Ya no soy divertido, ni interesante, ni espontáneo. Ya no soy ese chico que quería viajar por el mundo, ni me interesan las cosas que solía amar. Todo lo que era se murió con mi papá.

Sus ojos café se cristalizaron y ella parpadeó rápido para alejar las lágrimas. Él puso las manos en sus caderas, desvió la vista hacia el horizonte, dio un largo suspiro y bajó su tono de voz.

—He intentado seguir mi vida sin él, pero ya nada puede ser como antes. Apenas estuvimos haciendo una misa de aniversario el mes pasado y ahora murió mi abuelo. Sé que te gustaría ayudarme con esto, pero no puedes, nadie puede. No quiero hacerte sentir impotente y tampoco sé cómo encajar en tu nueva vida. No tengo nada mejor que ofrecerte que Tony y tus nuevos amigos en Nueva York. Tú necesitas rodearte de personas que te hagan feliz.

—No me digas qué necesito, ¿escuchaste? No me importa si cambiaste, si eres alguien más. Si así fue, te conoceré de nuevo y estoy segura de que también te querré. Si te conociera en mil vidas, en todas volvería a quererte.

Si él mismo odiaba la persona en que se había convertido, ¿quién podría quererlo? Todas las personas que le habían dicho que estarían para él se habían alejado.

—Es fácil decirlo ahora, pero deja que pase un mes y ya me habrás olvidado, y esas palabras se irán a la basura.

Ella le dio una cachetada.

Su mejilla ardió al instante; ella había empleado toda su fuerza. Le había dado solo una cachetada en toda su vida y fue cuando tenían quince años, y él parecía estar teniendo un ataque de pánico. Permaneció en *shock* asimilando lo que acababa de pasar.

—No puedo creer que hayas dicho eso. Eres tan idiota a veces. Te quedas con la vista pérdida mirando hacia lo que ya no está y alejas a todo lo que todavía sigue aquí. Para que lo sepas, no voy a quedarme en Estados Unidos. En dos semanas voy a volver a Vancouver. Voy a estar aquí y te voy a sacar de tu maldito encierro así no te guste. Lo haré porque te quiero y porque así lo quería tu abuelo. Así que no me vengas con canalladas.

Escuchar eso fue como recibir otra cachetada. Tal vez si no se hubiera negado a buscarla o a saber de ella, se habría enterado. Acababa de acusarla de ser como los demás y ella iba a volver al país por él.

Idiota.

—¿A qué te refieres con que así lo quería mi abuelo?

—¿Pero por qué te interesa? ¿Por qué no sigues tu vida y ya? —replicó, con resentimiento en su voz.

Dio un largo suspiro, avanzó hacia Janine y la tomó por los hombros.

—Lo siento. No quería ofenderte. No sé lo que digo, yo...

Otro nudo se formó en su garganta, así que prefirió guardar silencio.

Ella asintió, sacó una libreta morada mediana de su bolso, tomó un papel que había dentro y se lo dio. Él lo abrió. Sintió una opresión en el pecho cuando reconoció la caligrafía.

Era la letra de su abuelo.

Janine apuntó hacia unos párrafos al final del papel.

—Quiero que leas esto.

—¿Segura? —dijo, intentando lucir desinteresado—. Se supone que las correspondencias son privadas, ¿no?

—Sí, claro, por eso nadie ha leído las cartas de Lovecraft, ni de Kafka. Vamos, léela.

Hemos estado atareados con la librería. Es un alivio que tu mamá está al tanto de todo para ayudarnos. Ha sido una guía espléndida. Caryn ha recuperado un poco el semblante y se mantiene ocupada con los encargos. Hannah no permanece en casa, ahora se la pasa con un grupo de chicos callejeros, se ha vuelto una adolescente rebelde. Supongo que es su forma de lidiar con el duelo.

Aun así, no me preocupa tanto como Zack, no lo reconocerías. Parece que hubiera perdido toda su vivacidad, ni siquiera su grado lo hizo feliz. La sonrisa nunca le sube a los ojos. Me gustaría que estuvieras aquí a ver si lo haces sonreír de verdad. Le he dicho que te llame, pero se niega a hacerlo. Somos tan tontos los hombres.

Pero no todo respecto a él son malas noticias, el otro día lo vi escribiendo. Le pregunté que era y dijo que nada importante. Pero cuando se fue a prepararse una taza de chocolate, espí el papel (no me juzgues), y adivina qué, ¡era una historia! Solo alcancé a leer las primeras líneas y el título.

No sabes cuán feliz me siento, supongo que me lo dirá a su debido tiempo. No sé de qué se trata, pero sé que será magnífica. Él siempre dice que nunca escribirá una novela completa, y que mucho menos será escritor, pero yo estoy seguro de que, si lo hiciera, sería incluso mucho mejor que yo. Lo supe desde que tenía diez años y leí su primer cuento.

Así que, ahora que has decidido que volverás a Vancouver a ser una editora de éxito, déjame decirte cuál será uno de tus próximos proyectos: Elixir de Zacharias Hawkins.

Su pecho tembló como una hoja. La puerta que estaba bloqueando todo su dolor fue arrancada de los goznes y sus sentimientos salieron disparados a borbotones. Las lágrimas diluyeron las letras y tuvo que devolverle la carta a Janine. Su cuerpo se inclinó hacia adelante, incapaz de soportar el peso de su pena. La realidad abrumadora de que su abuelo ya no estaba en este mundo cayó sobre él.

Janine le quitó los lentes, pasó los dedos por su cabello, guiando su cabeza hacia su hombro. Él no se opuso, a pesar de que se sentía desnudo como árbol en el otoño.

—Quería decírselo, quería... sor-sorprenderlo, pe-pero estaba esperando. —Pausó para calmarse un poco—. Estaba esperando terminar el primer capítulo. —Levantó la cabeza y la miró directo a los ojos—. Ahora nunca lo leerá. Ahora nun-nunca me dirá si es una buena historia o no. ¿Por qué tuve que esperar tanto? ¿Por-por qué siempre pienso tanto para hacer las cosas?

Ella negó con la cabeza.

—Él se fue sabiendo que tú ibas a escribir una novela. Ahora solo te queda escribirla y cumplir su deseo. Yo la editaré y buscaremos una editorial que la publique. Tu abuelo y tu papá, donde estén, estarán muy orgullosos de ti, ¿okay? Mi mamá me contó

que en la librería tienen un estante para los libros de la familia. Vamos a poner tu libro ahí, ¿está bien?

—Lo haces sonar tan fácil, no soy un novelista.

—Tu abuelo lo dice aquí —dijo levantando la carta—, llevas escribiendo once años. Además, eres un lector ávido, has leído novelas en todos los idiomas que existen. Tienes suficiente experiencia para hacer tu propia historia.

—Solo he leído novelas en cuatro idiomas, mi alemán todavía es muy básico, he leído únicamente cuentos.

Ella rio y rodó los ojos.

—Me encanta tu falsa modestia.

Pasaron juntos el resto del día. Ayudaron al tío Ethan a llegar a casa, los abuelos de Janine invitaron a su familia a almorzar y todos contaron historias sobre su abuelo. Caminaron juntos por la playa Jericó y ella le recitó la presentación de su tesis. Él le contó de su vida en el último año y de qué trataría *Elixir*. La llevó al aeropuerto y se despidieron con un cálido abrazo.

Cuando llegó a la casa, su madre estaba en el comedor, rezando el rosario. Al verlo entrar, se interrumpió para preguntarle cómo le había ido.

—Janine va a volver a Vancouver.

Ella asintió.

—Eso me dijo. ¿Y cómo te sientes al respecto?

—No lo sé, tal vez cuando vuelva y esté lejos de esa vida salvaje de Nueva York, podremos seguir donde nos quedamos.

Ella clavó la vista en los cuencos de su rosario.

—Es lo que me temía.

—¿Qué?

—Que tú sigas con esa idea de que Janine va a ser el amor de tu vida.

—Pero tú la conoces y sabes lo que siento por ella.

—Sí, la conozco desde que era una bebé. Le guardo cariño a Janine y lo sabes. Creo que es una amiga fantástica, pero no es material de novia.

—Yo sé que podría comprometerse si ella estuviera con alguien que realmente ame.

—Zack, tú crees que Nueva York cambió a Janine, pero no fue así. Nueva York solo reveló lo que ella es en realidad. —Caryn se levantó y se dirigió a las escaleras—. Piensa en eso, buenas noches.

Odiaba cuando su madre daba esas sentencias. Lo odiaba porque siempre resultaba teniendo razón.

—Buenas noches, mamá. Descansa.

Bajó a la librería y encendió la luz. Observó el estante principal, ocupado por las obras de su abuelo. Tomó una escalerita para alcanzar lo más alto, acomodó los libros, corriéndolos hacia los lados.

Abrió espacio suficiente para poner un nuevo libro.

Su libro.

